

¿TRUCO O TRATA?

Tú decides



¿TRUCO O TRATA? TÚ DECIDES. 2016

Edición:

Fundación Tierra de hombres.

C/ Miño Nº 10 Bajo 2

CP: 41011 Sevilla

Tel.: 954283737 Fax: 954275189

deleg.sevilla@tierradehombres.org

Coordinación:

María del Pilar Ceballos Becerril.

Autoría:

María del Pilar Ceballos Becerril.

Claudia Frankel García-Añoveros.

Nuria Cristina Rodríguez del Pino.

Ilustración:

Javier Fernández Calvo.

Impresión:

Técnicas Gráficas TG, S.L.

Depósito legal: SE 258-2016

ISBN: 978-84-608-5809-6



Esta publicación ha sido realizada en el marco del proyecto *Stop a la Trata Infantil*, ganador del Premio a la Constancia en la VII Convocatoria de Proyectos Solidarios *Euros de tu nómina* de Banco Santander.

A diario tomamos cientos de decisiones casi sin darnos cuenta: ¿Tostadas o cereales? ¿Tomo el autobús o voy dando un paseo? ¿Le escribo o espero a que me conteste? ¿Qué serie veo hoy? Y todas ellas, por insignificantes que parezcan, pueden cambiar el curso de nuestro día.

Nuestras decisiones, por tanto, tienen el fastuoso poder de definir y modificar no solo el rumbo de nuestras vidas, sino también el de otras personas a las que quizás nunca conoceremos.

A continuación te presentamos cinco historias protagonizadas por chicos y chicas como tú, con tus mismas aspiraciones y deseos aunque en circunstancias muy dispares, con la particularidad de que, serán tus propias decisiones las que marquen su destino. Por ello lee con atención, piensa, recapacita y, finalmente, elige.

Esperamos que disfrutes de la lectura ¡Adelante!

Tierra de hombres - España es una Fundación con identidad propia y sin ánimo de lucro, fundada en 1994 por Dña. Julia Cárdenas. Forma parte del Movimiento Internacional **Terre des hommes**, creado en Lausanne (Suiza) en 1960. Lleva 50 años trabajando por los derechos de la infancia más desfavorecida, gestionando cientos de proyectos en países de Asia, África, América Latina y Oriente Medio, dentro de 3 grandes áreas de Intervención: Apoyo Social y Educación, Derechos de la Infancia y Salud Materno-Infantil. Es miembro de la Federación Internacional Tierra de hombres (FITDH) (1966), segunda agrupación mundial de ONGDs dedicadas a la Infancia, es Organismo Consultivo del Consejo Económico y Social de Naciones Unidas así como de UNICEF y del Consejo de Europa.

Tierra de hombres - España tiene como objetivo, mediante la acción, promover el desarrollo de la infancia defendiendo sus derechos, sin discriminación de orden político, racial o confesional, siguiendo los principios expresados en la Convención sobre los Derechos del Niño de las Naciones Unidas de 1989 y la Carta Fundacional del Movimiento.

A Nuria y a Claudia que con su entrega incondicional acogieron con ilusión este proyecto, dejándose el corazón y el alma en las historias que aquí nos narran.

A todos los empleados y empleadas de Banco Santander que con sus aportaciones mensuales a la convocatoria «Euros de tu nómina» han posibilitado la realización de esta obra.

A todas aquellas personas que luchan día a día por la prevención y la erradicación de la Trata.

*A todas, a todos, nuestra mayor gratitud.
Ahora y siempre, juntos por la infancia.*

Todo empezó con un "me gusta"

Nuria Cristina Rodríguez del Pino
Sevilla. Octubre 2015.

Al principio, Jorge era tan solo otro seguidor del montón, un comentario de entre otros tantos sobre lo bien que salía en su nueva foto, una notificación más de *me gusta*... Pero, poco a poco, y sin apenas haberse dado cuenta, aquel chico había pasado de seguidor a amigo, y de amigo a... *Algo*. *Algo* que no sabía describir con palabras (no quería llamarlo amor, ino puedes sentir algo así por alguien a quien nunca has visto cara a cara!). Y, vale, quizás ese *algo* era demasiado parecido a lo que cuentan las canciones de amor y las comedias románticas de Jennifer Aniston... Pero no, no estaba enamorada.

Todo había empezado con un *me gusta* de un chico a quien no conocía de nada, seguido de



una notificación de que este había comenzado a seguirle. Por pura curiosidad, decidió entrar en su perfil, ¡y qué gran descubrimiento! Posiblemente nunca antes había visto unos ojos tan azules como los que le miraron desde la pantalla al abrir la primera foto, y su sonrisa... Mentiría si dijese que no se le contagié al momento. Finalmente, tras cotillear un poco más entre sus fotos, y encandilada por aquel chico, Nicole decidió seguirle también.

Durante un tiempo, todas las noticias que tuvo de él fueron sus *me gusta* en cada foto que ella subía a Instagram, que poco a poco comenzaron a llegar acompañados de comentarios que lograban hacerla sonrojar frente a la pantalla. Él, por su parte, apenas subía fotos suyas a la red social, pero cuando lo hacía, Nicole se aseguraba de devolverle la jugada, tratando de hacerle sonrojar como si de un juego se tratase.

Un juego que terminó llevándolos a hablar mucho, primero a través de mensajes privados y, posteriormente, de whatsapp. Y sí, Nicole sabía que no debía dar su número de teléfono a desconocidos, pero... Por aquel entonces, ya llevaban tres meses hablando, y conocía tan bien a Jorge como si fuesen amigos de toda la vida. Había visto fotos suyas, sabía que era cinco años mayor que ella, que quería estudiar farmacia, que jugaba al baloncesto, que vivía a unos 700 kilómetros de distancia de ella... Y vale, tener la distancia contada podría interpretarse como estar un poco enamorada... Pero no, no estaba enamorada.

Su amistad... No, su amistad no, su *algo*. Su *algo* había llegado a ese nivel de quedarse hablando hasta bien tarde sobre cualquier cosa, y es que, según Jorge, lo importante de sus conversaciones para él no era el tema, sino lo mucho que le encantaba poder hablar con una chica madura, que no fuese infantil como las demás.

Pero un día, la conversación se volvió algo abrumadora para Nicole cuando Jorge comenzó a hacerle preguntas un tanto comprometidas que ella se sentía incómoda respondiendo...

¿Debería Nicole responder las preguntas de Jorge para demostrarle que no es infantil como las demás chicas? Si quieres que así sea, continúa leyendo. Si prefieres que Nicole se niegue, continúa tu lectura en la página 25.



Aún algo insegura, Nicole decidió responder a las preguntas a pesar de no sentirse cómoda haciéndolo. Al fin y al cabo, tenía que aceptar que Jorge era cinco años mayor que ella, y que, para él, hablar sobre asuntos subidos de tono no era algo tan tabú como para ella. Además... No fue tan malo una vez comenzó a responder; si ella no le hubiese dicho que nunca había tenido relaciones, él jamás le hubiese respondido que le gustaría ser el primero. Le hacía sentir deseada, más guapa, más adulta, más... Algo. Y puede (¡puede!) que un poco enamorada.

A partir de aquella noche, ambos comenzaron a hablar aún más si cabe, y con mucha menos reserva. Jorge continuaba haciéndole preguntas de todo tipo, con el pretexto de que saber cosas sobre ella, aunque fuesen detalles pequeños como en qué trabajaban sus padres o de qué color llevaba ese día la ropa interior, le ayudaba a imaginarla con más claridad.

Aunque sin duda, el tema de conversación preferido de Nicole era el poder verse algún día, y es que le encantaba cómo le hacía sentir cuando le decía lo mucho que necesitaba verla, sentirla entre sus brazos... ¡Se le ponía el vello de punta solo de imaginarlo!

Por desgracia, los separaban casi 700 kilómetros, y ni él tenía ahorros suficientes como para ir a verla, ni ella podía confesar a sus padres que hablaba con un desconocido por internet para que la llevaran a verlo a él, por lo que poder verse era un simple sueño.

Al menos, hasta el día en que Jorge le dio la gran noticia: Había estado ahorrando en secreto para darle una sorpresa... Y acababa de comprar un billete de tren para ir a verla al día siguiente.

Esa noche, a pesar de irse más temprano que de costumbre a la cama, Nicole apenas

pudo dormir. Estaba nerviosa, sí, pero... No estaba muy segura de si eran nervios buenos. Por un lado se moría de ganas de verle, pero por otro... Bueno, todo había ocurrido demasiado rápido, y eso la asustaba. Por si fuera poco, estar asustada solo le hacía sentirse peor, porque, al fin y al cabo, Jorge hacía todo aquello por ella, por poder verla y abrazarla y... Y ella se lo agradecía asustándose, incluso buscando excusas para no ir a verle, a pesar de lo mucho que había insistido él en el gran esfuerzo que había hecho para poder ir a su ciudad.

Se sentía egoísta, idiota y más inmadura que nunca.

Sabía que no era justo tener miedo de verle, pero, conociendo lo peligroso que puede ser internet, por mucho que le doliese, no estaba segura de si ir al día siguiente a ver a Jorge era la mejor opción. Al menos, no en secreto...

Nicole se sentiría mucho más segura yendo a su encuentro con Jorge si sus padres supiesen dónde va a estar, pero corre el riesgo de que estos no le dejen ir a verle. ¿Debería ir en secreto? Si quieres que así sea, continúa leyendo. Si prefieres que Nicole hable con sus padres, continúa tu lectura en la página 28.

Al despertarse el día siguiente, Nicole agradeció que fuese domingo y no hubiese clases, porque tenía el estómago tan revuelto a causa de los nervios que sentía ganas de vomitar. Desde el momento en que abrió los ojos y pensó que aquel iba a ser “el día”, se le formó un nudo en la garganta, como si estuviese a punto de hacer algo malo.

Sus padres la notaron nerviosa, pero, a pesar de que le preguntaron y de que ella pensaba que lo mejor era contárselo, no lo hizo. Al fin y al cabo, lo más probable era que ellos no aprobasen que fuese a ver a un chico al que había conocido en internet, y no sería justo que Jorge hiciese el esfuerzo de ir a su ciudad para que luego ella no pudiese verle. O peor aún, podrían decirle que la acompañaban... ¿Había algo más ridículo en el mundo que ir con tus padres a una cita? ... Que no es que fuese una cita... No de todo, al menos...

Aunque por cómo se arregló aquella tarde, cualquiera diría que sí que era una cita. Hacía algo de frío, pero ella decidió ponerse un vestido rojo, algo ajustado y elegante; prefería tiritar un poco con tal de dar la mejor impresión posible, y, ¿quién sabe? Quizás él le dejase su chaqueta, como un caballero...

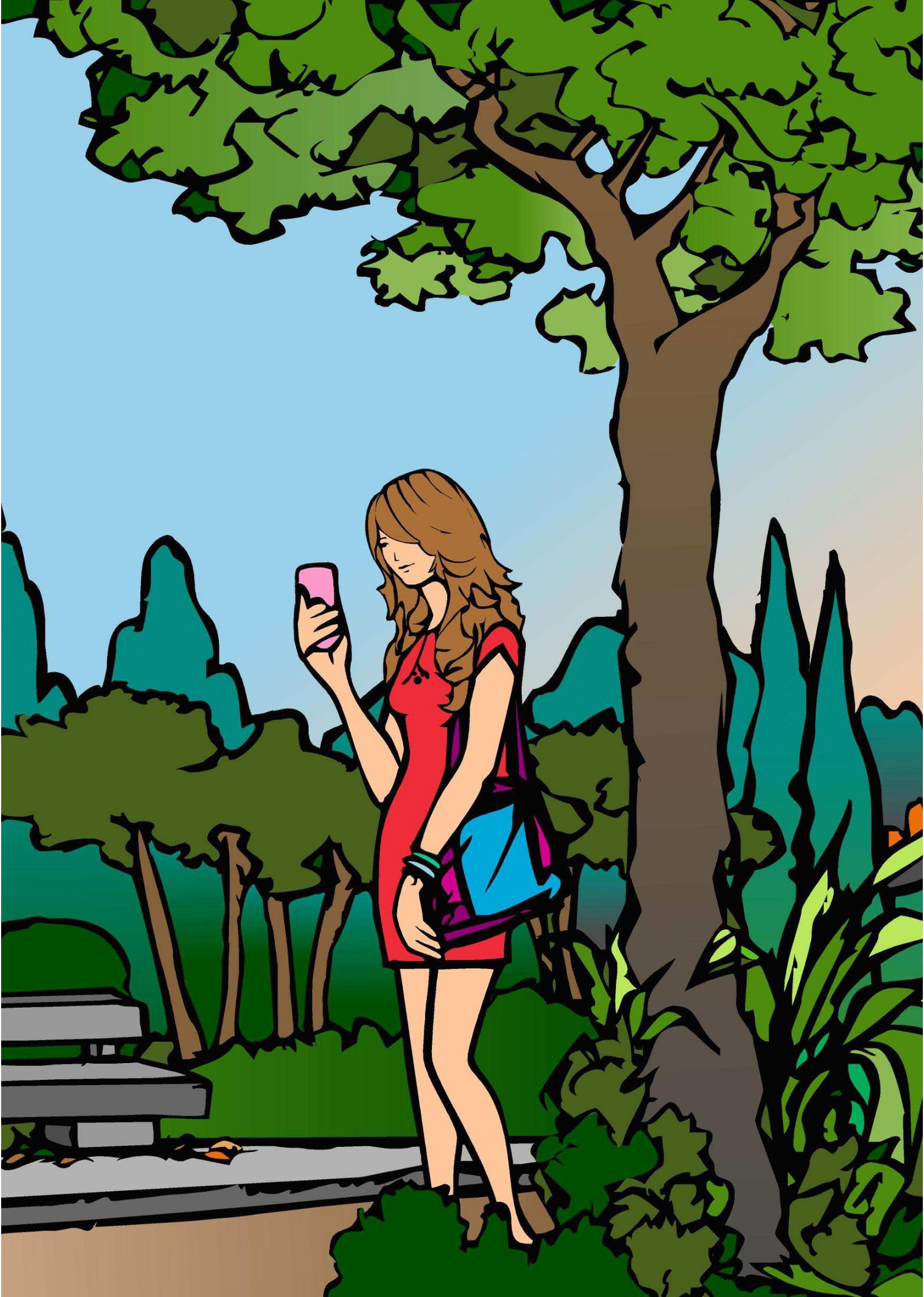
Una vez lista, y tras mentir a sus padres sobre dónde iba a estar, salió de casa en dirección al parque en que habían quedado, a paso rápido. Aún tenía que coger tres autobuses distintos, ya que era un lugar alejado y al que Nicole no había ido antes, pero Jorge había insistido en que eso era lo mejor del sitio; iba a ser la primera vez que ambos estuviesen allí; iba a ser su lugar especial.

A medida que se acercaba a su destino, el corazón le latía más y más rápido a causa de los nervios. Le asustaba estar haciendo aquello sola y a escondidas, y cuantas más vueltas le daba, menos le gustaba. Sin embargo, cada vez que se

mordía el labio inferior por la preocupación, sentía el regusto a fresa del pintalabios que había utilizado y se calmaba un poco. Jorge le había dicho que la fresa era su sabor preferido... O que al menos lo sería hasta que la probase a ella. ¿Cómo iba a hacerle algo malo alguien que le decía cosas tan bonitas?

Cuando al fin llegó al parque en que habían quedado, el nudo que aún continuaba en su garganta se hizo mayor. Era un lugar bonito, sí... Pero solitario. Ella creía que, al ser un parque, estaría mucho más animado, pero apenas se oía ruido procedente del interior, y el aparcamiento de este estaba completamente desierto, lo cual era un problema, porque era justamente allí donde tenía que esperar a Jorge.

Resignada, apoyó la espalda contra la verja del parque y, tras mandarle un mensaje al chico para que supiese que ella ya había llegado, se sentó a esperar.



El tiempo parecía ir más despacio en aquel aislado lugar, y los minutos, muy lentamente, se fueron sumando. A la media hora de esperar, comenzó a arrepentirse de no haber llevado abrigo; otra media hora después, a preocuparse de que el mensaje que le había mandado a Jorge ni siquiera apareciese como leído. Y finalmente, tras haber esperado casi dos horas, cuando ya comenzaba a oscurecer y aún sin noticias de Jorge, Nicole decidió volver a casa.

No sabía bien cómo sentirse tras aquel plantón. Obviamente, estaba preocupada por si a Jorge le había pasado algo, pero, aunque también le dolía el haber sido abandonada así, sin siquiera avisar... Sentía que se había quitado un peso de encima al no tener que verle.

Continuó mandándole mensajes durante el largo camino de vuelta, preguntándole si estaba bien, qué había pasado... Pero la respuesta no la obtuvo hasta más tarde, cuando llegó a casa.

Vivía en un barrio tranquilo, por lo que el coche de policía no le pasó desapercibido, ni tampoco el hecho de que estaba aparcado frente a su casa. Con el corazón en un puño, corrió hacia la puerta, donde, para su sorpresa, sus padres la estaban esperando junto a un agente. Sin decir nada, su madre corrió a abrazarla con fuerza, y Nicole pudo notar cómo esta temblaba mientras sollozaba que no volviese a darles un susto así.

Más tarde, cuando todos se hubieron tranquilizado, el agente de policía le explicó lo sucedido: ese mismo día, hacía unas horas, habían intentado secuestrar a una agente de incógnito en el aparcamiento de un centro comercial, vacío al ser domingo. El agresor era un hombre de unos cuarenta años al que la policía llevaba un tiempo siguiendo la pista en internet, ya que se dedicaba a engatusar a chicas jóvenes mediante perfiles falsos en redes sociales para



verse con ellas, llevárselas y venderlas a redes de explotación. Ese hombre tenía varios nombres; Fran, Paco, Jesús... Jorge.

Una vez lo detuvieron, encontraron una lista en la que apuntaba los datos de sus víctimas, y, para asegurarse de dejar el caso bien cerrado, la policía había decidido ponerse en contacto con las familias de estas.

En la lista, figuraba el nombre de Nicole.

Fin.

Por un lado, Nicole no quería estropear la imagen madura que Jorge tenía de ella, pero por otro... ¿No era él el primer inmaduro al preguntarle cosas así? Al fin y al cabo, ella no dejaba de ser cinco años menor que él, ini siquiera era mayor de edad! Así que, sin apenas tener que pensarlo, Nicole decidió poner fin a aquella conversación antes de que fuese demasiado lejos.

Con toda la sinceridad que pudo, le explicó a Jorge que no terminaba de sentirse cómoda con preguntas tan personales, cosa que este pareció aceptar... Al menos, por un tiempo, ya que un par de semanas más tarde volvió a repetirse la misma conversación desagradable, y esta vez, él sí que pareció molestarse ante la negativa, algo que quedó bastante claro no solo aquella noche, sino los días siguientes, en los que Nicole comenzó a darse cuenta de lo vacías y forzadas que comenzaban a sonar sus palabras... ¿O acaso lo habían sido siempre?

Pero no fue hasta la tercera vez que le hizo aquellas preguntas, una semana más tarde, que

todo se complicó. Porque esa tercera vez, no solo Jorge se molestó. Nicole no era idiota, y podía ver perfectamente lo injusta que era la situación para ella; la estaba presionando para hacer algo que no quería hacer, aprovechándose de que ella no quería decepcionarle comportándose como la niña que, al fin y al cabo, realmente era... Y sin importarle una pizca el ser él quien la decepcionase al tratarla así.

Esta vez, no tuvo pelos en la lengua al decírselo, dejándole muy claro que ella no le debía más respeto del que le debía él, y que quizás no fuese lo suficiente madura como para responder a sus preguntas, pero sí que lo era para saber cuándo no se la trataba como es debido.

Jorge ni siquiera respondió.

Al día siguiente, para su sorpresa, descubrió no solo que Jorge no había respondido nada, sino que había desaparecido. No aparecía como contacto en whatsapp, su cuenta de instagram había sido eliminada... Incluso probó a llamarle al

móvil, a pesar de que él había insistido en que no lo hiciese, pero su número ni siquiera daba señal.

Entonces lo comprendió: Aquello no había sido amistad, ni mucho menos ese *algo* especial que ella había creído. Se sentía decepcionada, utilizada... Pero, a la vez, aliviada, como si acabase de quitarse un gran peso de encima. Al fin y al cabo, una persona normal y con buenas intenciones no desaparece de la noche a la mañana...

Ahora sí, tenía más claro que nunca que no, no estaba enamorada.

Fin.

La mañana siguiente, Nicole se levantó con un nudo en la garganta, intranquila. Al menos, por suerte, era domingo, así que no tenía que ir a clase e iba a poder pensar bien qué hacer con aquella situación.

Durante el desayuno, sus padres notaron que le pasaba algo al verla tan angustiada, y le preguntaron si algo iba mal. Y, realmente, ella no estaba segura de si algo iba mal o no... Pero, tal y como se sentía, sí que estaba segura de que, al menos, algo no iba bien.

La idea de ir a ver a Jorge con el permiso de sus padres la tranquilizaba bastante, ya que, al menos, estos sabrían dónde y con quién iba a estar. Pero, por otro lado, era consciente de que aquello podría meterla en problemas...

Finalmente, tras darle muchas vueltas, Nicole decidió sincerarse con sus padres; al fin y al cabo, sabía que así estaría haciendo lo correcto, se metiese o no en problemas.

Por supuesto, al enterarse, estos le repitieron mil veces que debía tener cuidado con la gente que conocía por internet, pero, para su sorpresa, no se enfadaron con ella, sino que le agradecieron el haberles avisado y la felicitaron por ello. Y es que hace falta mucho valor para hacer tú solo algo que te asusta, pero se necesita aún más valor para pedir ayuda.

Ya más relajada, Nicole les explicó que el encuentro con Jorge iba a ser en un parque bastante alejado al que ella nunca antes había ido, y sus padres, no muy conformes con la idea, le propusieron un trato: La llevarían en coche hasta el parque y, una vez allí, esperarían en el coche hasta que el chico llegase. Después, se quedarían por la zona, dejándoles libertad, pero cerca por lo que pudiera ocurrir. Y puede que ir acompañada de sus padres fuese algo terriblemente infantil, pero... Al oír la idea, Nicole sintió cómo un gran peso se le quitaba de encima.

Esa tarde, mil veces más tranquila, Nicole se puso su vestido rojo preferido y su madre le hizo una de esas preciosas trenzas que tan bien le salían. Una vez estuvo lista, los tres se montaron en el coche y pusieron rumbo al parque. Y al llegar, agradeció haber decidido ir con sus padres; ese lugar estaba vacío! Era bonito, sí, pero... Estaba bastante segura de que no le hubiese gustado verse sola allí en medio.

Los minutos pasaron dentro del coche acompañados de las canciones que sonaban en la radio, pero sin señal alguna de Jorge, por muchos mensajes que Nicole le mandase. Sus padres trataban de distraerla hablándole de otras cosas, y en ningún momento se quejaron de tener que esperar tanto tiempo; es más, cuando ya habían pasado cerca de dos horas desde que Jorge debía estar allí, no fueron ellos, sino Nicole, quien propuso volver a casa.

Sin embargo, sus padres, al ver lo desilusionada que estaba tras el plantón, decidieron

tratar de animarla con algo que nunca antes había fallado: un buen helado de chocolate en su heladería favorita, la misma a la que iban desde que ella era pequeña.

¡Y funcionó a las mil maravillas! El rostro de Nicole se iluminó al ver que aparcaban frente al local, y, cuando tuvo su tarrina de helado delante, era imposible no ver su sonrisa.

Poco después, el teléfono de su madre comenzó a vibrar, y esta salió de la heladería para responder. Quien la llamaba era un agente de policía que había obtenido sus datos de un hombre al que acababan de detener por intento de secuestro, y al que se le imputaban otros ocho secuestros con éxito. Según le contó, aquel hombre embaucaba a chicas jóvenes mediante perfiles falsos en redes sociales para verse con ellas, secuestrarlas y venderlas a redes de explotación. Y tenía apuntados los datos de su hija.

Cuando su madre volvió a entrar en la heladería, a Nicole no le pasaron desapercibidos sus ojos húmedos, y, preocupada, le preguntó si ocurría algo. Ella, simplemente, se limitó a abrazar a su hija con fuerza y susurrarle que, ahora, todo estaba bien.

Fin.

Más cerca de lo que crees

María del Pilar Ceballos Becerril
Sevilla. Noviembre 2015.

Eran las vacaciones de Navidad y Felipe descendía a toda prisa las escaleras para encontrarse con su amiga Rosa, que le esperaba en el portal. Querían ir al Parque Central donde habían instalado la pista de hielo más grande del país.

- ¡Vacaciones de Navidad! ¿Puede haber algo mejor?- Se preguntaba Felipe.

Y es que a este chico le encanta el chocolate caliente, las reuniones familiares, las comilonas, el olor a leña quemada de la chimenea y los regalos, por supuesto, los regalos.

Las calles estaban iluminadas por luces de colores con diversos motivos navideños, los escaparates de las tiendas cuidadosamente



adornados y un delicioso olor a castañas asadas perfumaba el aire gélido. El ambiente era festivo y relajado.

Los dos amigos paseaban divertidos discutiendo acerca de cuál había sido el profesor más hueso del trimestre y cual la asignatura más fácil cuando se toparon con un par de chicos rebuscando en los contenedores situados junto a la parada del autobús que iban a tomar. Ambos amigos se agarraron fuertemente de la mano y retrocedieron su marcha, decidiendo cambiar de acera para no cruzarse con ellos.

- ¡Están por todas partes! Mi madre me ha dicho que me aleje de ellos, pueden ser peligrosos. -

Dijo Felipe.

- Mi padre dice que son rumanos y que vienen a nuestro país a robar. Ahora esparcirán la basura del contenedor por el suelo, lo dejarán todo hecho un asco ¡y tan contentos! - Añadió

Rosa.

De pronto se percataron de que uno de los chicos les seguía, se encontraba justo detrás y parecía querer decirles algo. Estaban tan asustados que no sabían si echar a correr, pero el miedo les bloqueaba ¿qué querría?

¿Correrán Felipe y Rosa o querrán escuchar lo que el chico tiene que decirles? Si crees que deberían escucharle sigue leyendo, si por el contrario crees que deben correr continúa tu lectura en la página 52.



Finalmente el chico les dio alcance. Los dos amigos se miraban preocupados por lo que pudiera pasar, entonces el chico extendió su mano en dirección a Rosa para entregarle algo, ante la atónita mirada de ésta.

- Toma, se te cayó antes - dijo él.

¡Era uno de sus guantes! Rosa había perdido el guante, dejándolo caer de su bolsillo minutos antes.

- Lo necesitarás, hace mucho frío - Añadió nuevamente.

La chica no era capaz de articular palabra, hace unos segundos lo tachaba de ladrón y ahora estaba frente a ella devolviéndole su guante extraviado. Se sentía horrible y a duras penas alcanzó a verbalizar un "gracias".

- De nada. Me llamo Losif, encantado de saludaros. ¡Ah! Y por cierto, no tenéis por qué cambiaros de acera, no os vamos a hacer daño, no somos ni delincuentes, ni ladrones, solo estamos trabajando.-

Rosa y Felipe enrojecieron de vergüenza ante las palabras de Losif. Imaginaban lo mal que se habría sentido el chico ante sus miradas de desprecio y miedo. Por otra parte, no salían de su asombro... ¿Trabajando? ¿Qué habrá querido decir? ¿En qué trabajarán unos chicos tan jóvenes?

Ante tantas dudas, decidieron preguntarle, entonces Losif les relató brevemente su historia:

- Soy de Murgeni, una localidad perteneciente al distrito de Vaslui, situada al este de Rumania, donde vivía con mi madre y mis abuelos. Un día mamá recibió una oferta para trabajar en un hotel como camarera de piso aquí en España, y, puesto que no teníamos mucho dinero, pensó que sería una buena oportunidad para nosotros. Así fue como decidimos emigrar. No la he vuelto a ver desde que aterrizamos y un grupo de hombres vino a recogernos al aeropuerto, ellos nos separaron, nos separaron para siempre. No sé

dónde está, no sé qué habrá sido de ella. Me llevaron junto a un grupo de chicos y chicas, algunos más mayores, otros más pequeños, casi todos de mi país, y desde entonces, estoy obligado a trabajar bajo amenazas de muerte. ¿Qué puedo hacer? Ellos tiene a mi madre, no pasa ni un solo día sin que piense en ella.

Cada mañana despertamos muy temprano para comenzar a trabajar. Algunas veces me veo obligado a pedir dinero a los turistas que desayunan en los veladores, otras en la puerta de algún supermercado, siempre bajo la atenta mirada de quienes nos vigilan para que no escapemos. Cada pocas horas, alguno de los mayores que nos controlan pasa a recogernos el dinero, así se aseguran de que no nos quedamos con nada, así, y registrándonos a fondo al caer la noche. Otras veces en cambio, como hoy, tenemos que recoger chatarra y hasta que no recojamos la cantidad que ellos deciden, no podemos dejar

de trabajar. Lo siento pero no puedo hablar más, esto es muy peligroso para mí, nos pueden ver y me puedo meter en un lío. Ya tienes tu guante. Solo quería que supierais que no tenéis por qué tener miedo. –

Después de escuchar la historia de Losif ¿Qué crees que pensarán Felipe y Rosa? Si crees que deberían creer su historia sigue leyendo, si piensas que el chico miente continúa tu lectura en la página 62.

Los dos amigos estaban acongojados ¡Qué terrible historia la de Losif! Pensaban que estas cosas solo ocurrían en las películas y no en su barrio, a escasos metros de sus casas.

Lo cierto es que llevan meses viéndoles deambular por el vecindario y hasta entonces nunca antes se habían preguntado qué hacen unos chicos de su edad mendigando, en lugar de estar jugando o en la escuela, tal y como hacen ellos. ¿Cómo han podido ser tan egoístas? Se preguntaban. Mientras Losif trabaja de sol a sol con la esperanza de volver a ver algún día a su madre, ellos piensan en dulces, regalos y en lo molesto que es que esos chicos lo ensucien todo escudriñando en la basura.

No sabían qué podían hacer para ayudar a este chico. Se sentaron en un banco de la plaza para trazar un plan y entonces a Felipe se le ocurrió una idea maravillosa, le preguntarían a su abuela Flora, es la persona más sabia que conoce, ella sabrá bien qué hacer.

Los dos amigos fueron a casa de la abuela Flora quien les recibió con gran alegría. Flora

estaba sentada en su sillón preferido, resguardada del frío al calor de su mesa camilla y leyendo un libro de tapas duras y amarillentas hojas de papel tipo biblia.

- Mi abuela Flora lee mucho ¿sabes Rosa?- Dijo Felipe -Tiene cientos de libros y ha leído más de mil- prosiguió.

La anciana sonrió agradecida por las palabras de orgullo de su nieto y añadió:

- Ya lo dijo Cervantes, mis pequeños: *"El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho"* ¿En qué puedo ayudarlos? -

Felipe y Rosa le relataron lo sucedido con Losif y le pidieron consejo sobre cómo poder ayudarlo. Flora analizó la situación, reflexionó un instante y contestó:

- Lo que me contáis es verdaderamente atroz, pero por desgracia, es bastante frecuente. Lo peor es que muchos de esos chicos y chicas no han conocido otra realidad y piensan que mendigar, recoger chatarra o delinquir es su cometido en la vida. Sabed que ningún niño o



niña, con independencia de su origen, religión, etnia o sexo, debe ser utilizado para mendigar o forzado a trabajar. Todos los niños y niñas tenéis una serie de derechos fundamentales que han de ser respetados por encima de cualquier condicionante, como el derecho a la protección, al buen trato o a la educación y desde luego, situaciones como la que describís son constitutivas de delito en nuestro país. Este chico debe estar en serio peligro y lo más adecuado sería alertar a las autoridades.

– Dijo la abuela de Felipe.

- Pero abuela, entonces, si llamamos a la policía ¿le ayudarán? – Preguntó Felipe preocupado.

- ¡Ay nietecito mío! No es tan fácil. Me gustaría poder asegurarte que con nuestra llamada todo se solucionará, pero no puedo. Las personas que se dedican a abusar de Losif y otros chicos, saben muy bien lo que hacen, por eso no permanecen mucho tiempo en un mismo lugar, ni si quiera en una misma ciudad, para evitar ser descubiertos y apresados. Es difícil demostrar lo que ocurre pues nadie

quiere hablar, todos tienen miedo. Aunque la policía encuentre al chico, puede ser que éste, llegado el caso, no quiera hablar, ni testificar en contra de sus explotadores, aterrizado por las amenazas hacía sí mismo y hacía su madre. De todas formas, es nuestra obligación intentar ayudarlo, ya que saber de su situación y no hacer nada nos convierte en cómplices. Siempre podemos hacer algo, por poco que nos parezca, para ayudar a cambiar las cosas que consideramos injustas. Igual no vemos resultados de manera inmediata tal y como nos gustaría, pero a la larga, nuestras pequeñas acciones contribuirán a crear un mundo mejor.- Añadió Flora.

-¡Qué sabia es la abuela!- Pensó Felipe.

Rosa, Felipe y Flora pasaron la tarde reflexionando acerca de las causas que habían empujado a Losif a esa situación: la pobreza, la falta de recursos, la desigualdad social, la desinformación, el engaño, la coacción...

También pensaron en qué podían hacer para ayudar a este chico y a tantos otros que se

encuentran en situación de explotación, y llegaron a la conclusión de que, en primer lugar, es necesario y fundamental hacer visibles este tipo de sucesos, para que nadie permanezca ajeno a ellos e informar a todas las personas acerca de estos hechos tan terribles que ocurren no solo lejos de nuestras fronteras, también en nuestras calles.

De pronto a Rosa se le ocurrió una idea fantástica. Una amiga le contó que el curso pasado en su cole, Fundación Tierra de hombres organizó unas actividades muy interesantes en las que aprendió un montón. Se trata de una organización que trabaja por la defensa de los derechos de la infancia en todo el mundo. - ¡Seguro que pueden ayudarnos!- Exclamó. -Les pediremos que vengan a nuestro instituto e informen a todas y todos sobre la situación de Losif y tantos otros niños y niñas-.

Con tanta tarea pendiente, todos se pusieron rápidamente manos a la obra. La abuela Flora buscó en internet los datos para contactar con la fundación, los chicos escribieron una carta a la dirección del centro para que autorizara la charla

y todos juntos acudieron a la comisaría más cercana a denunciar la situación de Losif.

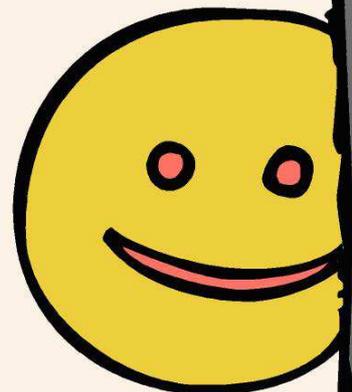
En la fundación recibieron con entusiasmo y gran interés esta petición. Las personas que les atendieron, les explicaron que Tierra de hombres trabaja en la prevención y erradicación de Explotación Infantil mediante acciones de sensibilización que permiten dar a conocer estos sucesos, defendiendo los derechos de la infancia y denunciando la violación de estos, formando a los profesionales que trabajan tanto con las víctimas como con los criminales y proporcionando apoyo psicológico y asesoramiento jurídico a dichas víctimas, entre otras funciones.

Igualmente, a la directora y al jefe de estudios del instituto, les pareció una idea excelente y necesaria, por lo que no solo acordaron realizar actividades divulgativas, sino que también prepararían un gran acto de sensibilización para el 12 de junio, Día Mundial por la Erradicación de la Explotación Laboral Infantil, con la participación de todo el centro.

Nunca más volvieron a ver a Losif por el



NO A LA TRATA
INFANTIL



barrio, tampoco a ninguno de sus compañeros. Tanto a Rosa como a Felipe les hubiera gustado saber cómo se encuentra y poder contarle todo lo que están haciendo para luchar contra la Trata Infantil y ¿quién sabe? quizás merendar todos juntos en casa de abuela Flora, que estaría encantada de conocerle.

Un día, mientras los dos amigos hacían juntos la tarea frente al ordenador, Rosa descubrió una noticia que llamó su atención. El titular rezaba: *"Desarticulada una red de Trata que explotaba a 24 mujeres en nuestra provincia."* Y aunque Rosa y Felipe ya no eran ajenos a esta problemática, quedaron igualmente impactados por la proximidad de la noticia y decidieron continuar leyendo. El diario proporcionaba detalles someros acerca del operativo, el *modus operandi* de los detenidos y el perfil de las víctimas, no obstante reparó en un detalle que ambos amigos no dejaron escapar: *"El operativo permitió la reunificación de una de las mujeres liberadas y su hijo, también secuestrado y rescatado hace algunas semanas por agentes de la unidad de*

atención al menor. Las autoridades investigan la posible conexión entre ambas redes criminales.”

¿Losif? ¿Es posible? ¿Serían Losif y su madre aquellos de los que habla la noticia? Estas y otras cuestiones inundaron a mente de ambos amigos, sin embargo, nunca conseguirían darles respuesta, ya que, entre otras cosas, para proteger a las víctimas es necesario ocultar su identidad. No obstante, aunque Rosa y Felipe nunca tendrán la certeza de que Losif descansa por fin a salvo y en compañía de su madre, en sus corazones albergan la esperanza de que así sea.

Fin.

Los dos amigos corrieron tan rápido como sus piernas les permitían. Pasaron a toda prisa entre la multitud que abarrotaba las calles del centro. No muy lejos divisaron a un par de agentes de policía que patrullaban el barrio y se dirigieron a todo velocidad hacía ellos.

Los agentes alertados les preguntaron -¿qué os ocurre chicos?-

-Nos persigue un niño rumano ¿podrían ayudarnos, por favor?- Exclamó Felipe mientras intentaba recobrar el aliento.

- Calma chicos, vamos a ver qué ocurre, indicadnos de quién se trata- Añadió la agente López.

Felipe y Rosa miraron a su alrededor intentando encontrarle sin éxito. Junto a los agentes recorrieron las calles en dirección a la parada de autobús donde por primera vez lo vieron. Parece que después de todo el chico no corrió tras ellos, quizás su imaginación y el miedo les jugó una mala pasada.

Poco antes de llegar al punto de partida, encontraron a los dos chicos buscando suerte en un nuevo contenedor. Al ver lo jóvenes que eran, los agentes quedaron impactados.

Felipe señaló al supuesto perseguidor - ¡ÉI! ÉI es el chico que nos seguía- Exclamó.

Y el chico, con total aplomo se volvió hacia Felipe y Rosa y exclamó -En efecto, fui yo. Me llamo Losif y quería devolverte esto.- Y tendiendo su mano en dirección a Rosa, le entregó un guante.

Rosa empalideció. Metió a toda prisa las manos en sus bolsillos intentando refutar esta coartada, pero efectivamente su bolsillo derecho estaba vacío y el izquierdo contenía un único guante. Su rostro se encendió pasando de la pálida estupefacción a la más enrojecida vergüenza y con apenas un hilo de voz alcanzó a pronunciar un tímido "gracias".

Ambos amigos estaban sumamente avergonzados. Habían acusado injustamente al

chico y todo por sus propios prejuicios, los mismos que les hicieron sucumbir al miedo irracional que les empujó a correr sin descanso huyendo de un peligro inventado.

El agente García intentaba conversar con Losif y su compañero, sin embargo estos no parecían cómodos con ello, estaban inquietos, asustados y casi mudos, a penas contestaban con monosílabos a las preguntas del policía. Felipe y Rosa no comprendían por qué, entonces la agente López les explicó:

- Como habéis podido comprobar, la realidad no es siempre tal y como nos la imaginamos. Muchos de los chicos que veis recogiendo chatarra o mendigando por las calles, son víctimas de explotación, es decir, son obligados por otras personas a realizar esas actividades. Estas personas, además de obligarles a trabajar, les controlan y usurpan todo el dinero que reciben de las limosnas o de la venta del material. Han sido apartados

de sus familias, y trasladados aquí fruto del engaño o el rapto. Les amenazan, les agreden, les chantajea... Por eso tienen miedo y por eso no quieren hablar. Nosotros creemos ayudarles con nuestras limosnas y sin embargo contribuimos con ellas a prolongar su explotación. Les tachamos de delincuentes cuando les vemos deambular por nuestras calles, aún siendo ellos las principales víctimas. Es mejor que os marchéis chicos, nosotros nos ocuparemos de todo.

Los dos amigos estaban acongojados. ¡Qué terrible historia! Pensaban que estas cosas solo ocurrían en las películas y no en su barrio, a escasos metros de sus casas.

Lo cierto es que llevan meses viéndoles deambular por el vecindario y hasta entonces nunca antes se habían preguntado qué hacen unos chicos de su edad mendigando, en lugar de estar jugando o en la escuela, tal y como hacen ellos. ¿Cómo han podido ser tan egoístas?

No sabían qué podían hacer para ayudar a estos chicos. Se sentaron en un banco de la plaza para trazar un plan y entonces a Felipe se le ocurrió una idea maravillosa, le preguntarían a su abuela Flora, es la persona más sabia que conoce, ella sabrá bien qué hacer.

Los dos amigos fueron a casa de la abuela Flora quien les recibió con gran alegría. Flora estaba sentada en su sillón preferido, resguardada del frío al calor de su mesa camilla y leyendo un libro de tapas duras y amarillentas hojas de papel tipo biblia.

- Mi abuela Flora lee mucho ¿sabes Rosa?- Dijo Felipe -Tiene cientos de libros y ha leído más de mil- prosiguió.

La anciana sonrió agradecida por las palabras de orgullo de su nieto y añadió:

- Ya lo dijo Cervantes, mis pequeños: *"El que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho"* ¿En qué puedo ayudarlos? -

Felipe y Rosa le relataron lo sucedido y le pidieron consejo sobre cómo poder ayudar a estos chicos. Flora analizó la situación, reflexionó un instante y contestó:

- Lo que me contáis es verdaderamente atroz, pero por desgracia, es bastante frecuente. Lo peor es que muchos de esos chicos y chicas no han conocido otra realidad y piensan que mendigar, recoger chatarra o delinquir es su cometido en la vida. Sabed que ningún niño o niña, con independencia de su origen, religión, etnia o sexo, debe ser utilizado para mendigar o forzado a trabajar. Todos los niños y niñas tenéis una serie de derechos fundamentales que han de ser respetados por encima de cualquier condicionante, como el derecho a la protección, al buen trato o a la educación y es tarea de todas y todos protegerlos. – Dijo la abuela de Felipe.

- Pero abuela, entonces, ¿crees que la policía les ayudará? – Preguntó Felipe preocupado.

- ¡Ay nietecito mío! No es tan fácil. Me gustaría poder asegurarte que todo se solucionará, pero no puedo. Las personas que se dedican a abusar de Losif y otros chicos, saben muy bien lo que hacen, por eso no permanecen mucho tiempo en un mismo lugar, ni si quiera en una misma ciudad, para evitar ser descubiertos y apresados. Es difícil demostrar lo que ocurre pues nadie quiere hablar, todos tienen miedo, ya lo habéis podido comprobar. Aunque la policía intente ayudarles, puede ocurrir que los chicos no quieran hablar, ni testificar en contra de sus explotadores, aterrorizados por las amenazas. Aún así, es nuestra obligación intentar ayudarles, ya que saber de su situación y no hacer nada nos convierte en cómplices de su sufrimiento. Siempre podemos hacer algo, por poco que nos parezca, para ayudar a cambiar las cosas que consideramos injustas. Igual no vemos resultados de manera inmediata tal y como nos gustaría, pero a la larga, nuestras pequeñas acciones contribuirán a crear un mundo mejor.- Añadió Flora.

-¡Qué sabia es la abuela!- Pensó Felipe.

Rosa, Felipe y Flora pasaron la tarde reflexionando acerca de las causas que habían empujado a Losif a esa situación: la pobreza, la falta de recursos, la desigualdad social, la desinformación, el engaño, la coacción...

También pensaron en qué podían hacer para ayudar a este chico y a tantos otros que se encuentran en situación de explotación, y llegaron a la conclusión de que, en primer lugar, es necesario y fundamental hacer visibles este tipo de sucesos, para que nadie permanezca ajeno a ellos e informar a todas las personas acerca de estos hechos tan terribles que ocurren no solo lejos de nuestras fronteras, también en nuestras calles.

De pronto a Rosa se le ocurrió una idea fantástica. Una amiga le contó que el curso pasado en su cole, Fundación Tierra de hombres organizó unas actividades muy interesantes en las que aprendió un montón. Se trata de una organización que trabaja por la defensa de los

derechos de la infancia en todo el mundo. -¡Seguro que pueden ayudarnos!- Exclamó. -Les pediremos que vengan a nuestro instituto e informen a todas y todos sobre la situación de Losif y tantos otros niños y niñas-.

Con tanta tarea pendiente, todos se pusieron rápidamente manos a la obra. La abuela Flora buscó en internet los datos para contactar con la fundación, los chicos escribieron una carta a la dirección del centro para que autorizara la charla y todos juntos acudieron a la comisaría más cercana a denunciar la situación de Losif.

En la fundación recibieron con entusiasmo y gran interés esta petición. Las personas que les atendieron, les explicaron que Tierra de hombres trabaja en la prevención y erradicación de Explotación Infantil mediante acciones de sensibilización que permiten dar a conocer estos sucesos, defendiendo los derechos de la infancia y denunciando la violación de estos, formando a los profesionales que trabajan tanto con las

víctimas como con los criminales y proporcionando apoyo psicológico y asesoramiento jurídico a dichas víctimas, entre otras funciones.

Igualmente, a la directora y al jefe de estudios del instituto, les pareció una idea excelente y necesaria, por lo que no solo acordaron realizar actividades divulgativas, sino que también prepararían un gran acto de sensibilización para el 12 de junio, Día Mundial por la Erradicación de la Explotación Laboral Infantil, con la participación de todo el centro.

Nunca más volvieron a ver a Losif por el barrio, tampoco a ninguno de sus compañeros. Tanto a Rosa como a Felipe les hubiera gustado saber cómo se encuentra y poder contarle todo lo que están haciendo para luchar contra la Trata Infantil y ¿quién sabe? quizás merendar todos juntos en casa de abuela Flora, que estaría seguro encantada de conocerle.

Fin.

Mientras Losif se alejaba rápidamente, los dos amigos se miraron y rompieron a reír.

- ¡Menuda historia! ¡Ni en las películas de ciencia ficción hay tanta fantasía! - debieron pensar Felipe y Rosa. - Seguro que esperaba que le diéramos algo de dinero por lo del guante y al no ver intención por nuestra parte, se ha ido corriendo aburrido de sus propias mentiras - Señaló Felipe.

Ambos amigos decidieron continuar su paseo hasta el parque a pie, disfrutando del ambiente festivo que reinaba en la ciudad. Suenan villancicos y las calles están abarrotadas de personas imbuidas por el llamado "*Espíritu Navideño*". En la puerta de un pequeño comercio, una joven algo desaliñada y de aspecto frágil sostiene entre sus brazos a un bebé que duerme plácidamente a pesar del frío, la chica pide limosna, la escena es desgarradora.

Nadie parece quedar indiferente al pasar

frente a ellos, tampoco Rosa y Felipe. Ambos hurgan en sus bolsillos y rescatan algunas monedas que entregan a la chica. Ella las recibe si levantar la mirada, forzando un fallido intento de media sonrisa. Los chicos continúan su camino.

A los pocos metros Felipe y Rosa se detienen frente al hipnótico escaparate de la Juguetería Álvarez, que junto al navideño espectáculo de luz, color y sonido, muestra los juguetes más deseados de esta temporada. De pronto Rosa vuelve de nuevo la mirada hacía la chica que mendigaba con el bebé y advierte que algo no va bien. Un hombre le grita y la zarandea con fuerza, ella solloza sin levantar la cabeza, el bebé, ya despierto, llora desconsolado. - Pero Felipe ¿Qué ocurre?- Se pregunta Rosa. Ambos amigos observan aterrados la cruenta escena. El desprecio y la crueldad con la que el hombre trata a la chica y al bebe es repulsiva. Finalmente este repugnante ser les arrebató todo el dinero y se aleja impasible.

Aún no pueden creer lo que acaban de presenciar. Ese hombre vigilaba y controlaba a la chica, obligándola a mendigar y arrebatándole todo el dinero que conseguía ¡Losif decía la verdad!

Continúa tu lectura en la página 42.

Valeria, con V de Valor

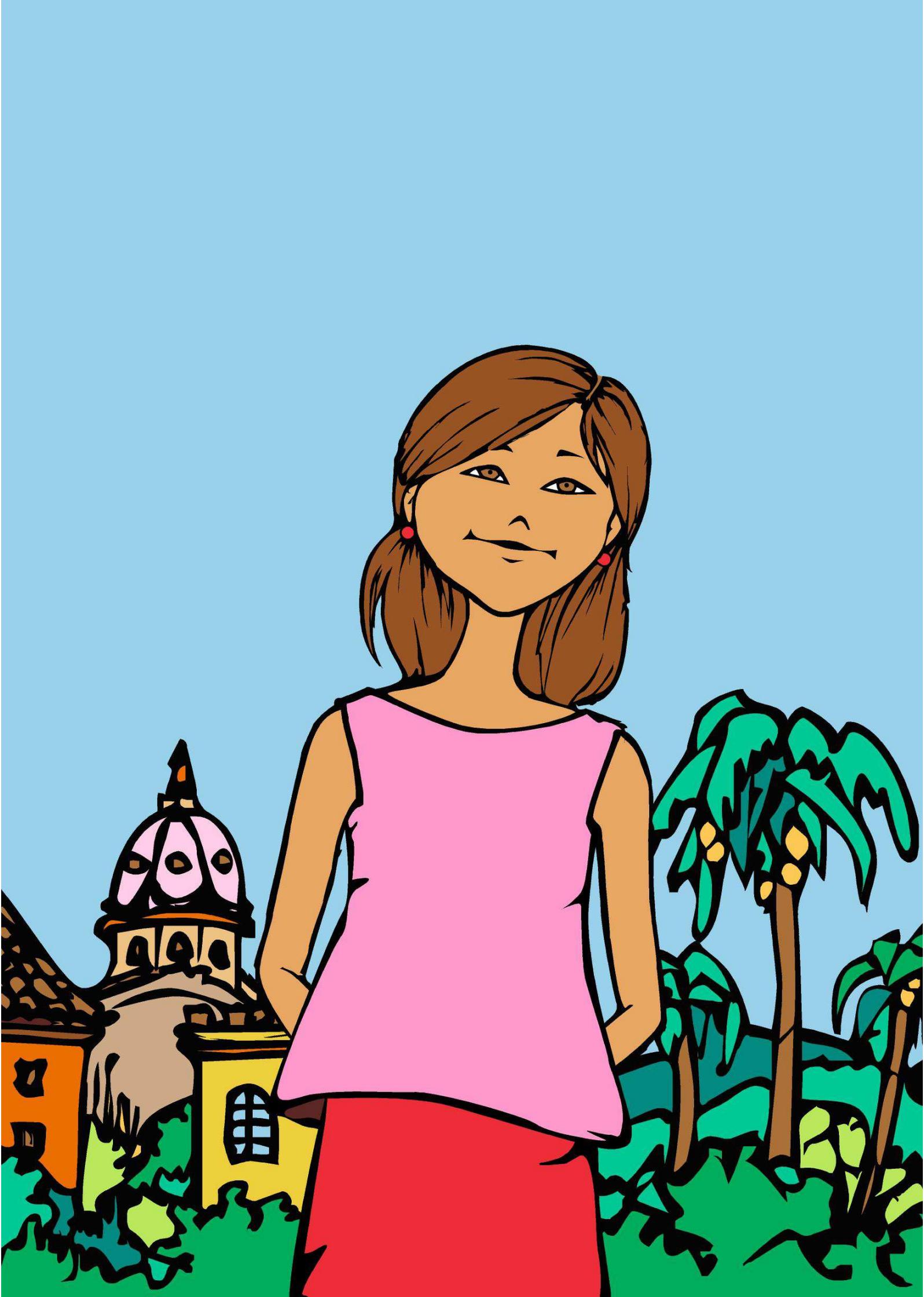
María del Pilar Ceballos Becerril
Sevilla. Agosto 2015.

Esta es la historia de una pequeña y menuda niña de piel café y brillantes ojos color miel que enmarcan la sonrisa más franca jamás antes vista.

Se llama Valeria, que significa "persona de incalculable valor" ¡Nunca un nombre estuvo más acertado!

Nacida en Colombia, y residente en Cartagena de Indias, en el humilde y austero barrio de San Francisco, donde vive junto a su madre Luz María y su padre José. No tiene mucha plata ni grandes lujos, no viste las mejores galas ni cena en restaurantes caros, pero sabe que en casa siempre le espera un plato caliente de comida y un millón de abrazos.

Sueña con ser arquitecta y algún día poder reconstruir su maltrecho vecindario, para que a



nadie le falte un techo bajo el cual resguardarse.
– ¡No más goteras, ni grietas! ¡No más frío! Todos tendrán una preciosa casa de la que sentirse orgullosos y este será el barrio más bonito de toda Cartagena- decía.

Valeria estudia secundaria en la Institución Educativa Santa María con excelentes resultados. Le gusta mucho estudiar y le encanta ir al colegio ya que se divierte muchísimo con sus amigas y, durante unas horas consigue olvidar los problemas de su familia, durante unas horas siente que tiene derecho a ser niña.

Los niños y niñas tienen que poder jugar, ir a clase, hacer amigos y no tener más preocupaciones que completar la tarea e ir temprano a dormir. Pero Valeria hace mucho que dejó de ser niña, desde que el dinero se convirtió en el tema principal de las conversaciones en su hogar, desde que su padre enfermó y fue despedido de la empresa en la que trabajaba, desde que su madre se vio obligada a trabajar mañana y noche para conseguir más plata, desde que tuvo que empezar a asumir las responsabilidades de una persona adulta.

Valeria cuida con mucho mimo a su padre, mantiene la casa en perfecto estado de revista, cocina como una gran chef, resuelve cualquier recado de manera eficiente y a veces, tan solo a veces, se permite por un momento el lujo de ser niña y soñar con mundos de fantasía.

Cierto día, cuando regresaba del mercado, conoció a Ricardo. Le resultó un tipo encantador, varios años mayor que ella, moreno de piel tostada y profundos ojos color azabache, de refinados modales, cortés y adulator. Ricardo se ofreció a llevarle las bolsas hasta su casa.

¿Permitirá Valeria que Ricardo la acompañe a casa? Si quieres que así sea, continúa leyendo, si prefieres que Valeria rechace el ofrecimiento continúa tu lectura en la página 83.



Ella, abrumada por tanta gentileza, accedió. Fue el comienzo de una amistad que pronto se convertiría en algo más.

Ricardo fingía encuentros casuales con Valeria: la esperaba al salir de la escuela, la acompañaba a los recados, paseaba por su vecindario... Poco a poco fue ganándose su confianza y conquistando al mismo tiempo su corazón.

Al poco tiempo de conocerse comenzaron a salir. Valeria estaba profundamente enamorada de Ricardo, era su primer gran amor y hubiera hecho lo que fuera por él. Sus padres no obstante no estaban tan felices con esta relación, al ser Ricardo bastante más mayor que su hija, pues sentían desconfianza y miedo al respecto. Aunque educado y aparentemente formal, era un chico bastante reservado para con ellos y nunca hablaba de su familia, lo cual les causaba extrañeza. Sin embargo, Valeria era tan feliz que, aunque constantemente le recordaban que fuera prudente, no querían que sus temores estropearan la alegría de su pequeña.

Un día Ricardo le hizo una propuesta. Pronto se marcharía a vivir a Bogotá para comenzar sus estudios en la Universidad Nacional de Colombia. Tenía bastante dinero ahorrado, además, un conocido le había ofrecido un trabajo bien remunerado para después de las clases. Tampoco tendría que pagar alojamiento pues unos tíos suyos que viven en una majestuosa casa en el centro de la ciudad, le acogerían. Por todo ello, deseaba que Valeria le acompañase. Tendría dinero suficiente para ambos, gracias a sus tíos no le faltaría de nada, podría seguir estudiando allí en la capital y en un futuro ir a la universidad como él y cumplir su sueño de ser arquitecta.

Valeria estaba en una nube. Era maravilloso sentirse tan cerca de poder disfrutar de una vida nueva llena de oportunidades y tener al fin la posibilidad de cumplir sus sueños y todo ello junto a su amado Ricardo. ¿Podría haber algo mejor?

Con esta utópica historia se presentaron ambos ante los padres de ella, dispuestos a solicitar su aprobación. Estos se mostraron temerosos de dejar marchar a su hija. Aún era

muy niña ¿quién sabe qué peligros la acecharán? ¿Qué hará tan sola lejos de su familia? No obstante ambos son conscientes de que si Valeria permanece a su lado, nunca podrá llegar a cumplir sus sueños porque ellos no tienen suficiente dinero como para ayudarla a conseguirlo. Es muy duro para unos padres ver truncadas las esperanzas de sus hijos y Luz María y José estaban dispuestos a separarse de su pequeña con tal de que esta fuera feliz. Ambos hablaron con los tíos de Ricardo en Bogotá, quienes prometieron cuidar de su hija y ayudarla en sus estudios. También Ricardo les dio su palabra de que velaría por el bienestar de Valeria en todo momento.

¿Dejarán José y Luz María que Valeria se marche? Si quieres que la dejen marchar continúa leyendo, si por el contrario crees que deben meditar esta decisión, continúa tu lectura en la página 88.

Y así fue como consintieron dejar marchar a su hija, en busca de un futuro mejor y más próspero.

Era principios de agosto y el sol brillaba en Cartagena. Valeria se despidió de sus padres, con el corazón en un puño ¿quién cuidaría ahora de su padre? Su incierto destino la asustaba pero se sentía esperanzada y confiada junto a Ricardo. Juntos tomaron un avión rumbo a Bogotá.

Al llegar a su destino, el paisaje no parecía tan idílico. Llovía a mares y hacía un frío estremecedor. Los cuatro trapos que vestía Valeria no eran suficientes para hacerla entrar en calor y temblada como una hoja tiritando de frío. Al salir del aeropuerto, un hombre y una mujer les esperaban. ¿Los tíos de Ricardo, quizás? Lo cierto es que no parecían tan elegantes y distinguidos como les había descrito su sobrino, hasta la propia Valeria se hubiera cruzado de acera si andando por la calle los hubiese visto. Ricardo hizo las presentaciones y acto seguido señaló que debía ausentarse pues le esperaban con urgencia en la universidad para formalizar su matrícula. Les

pidió que acompañaran a Valeria a casa, indicando que a la menor brevedad posible, se reunirían. Nunca más volvió a verlo.

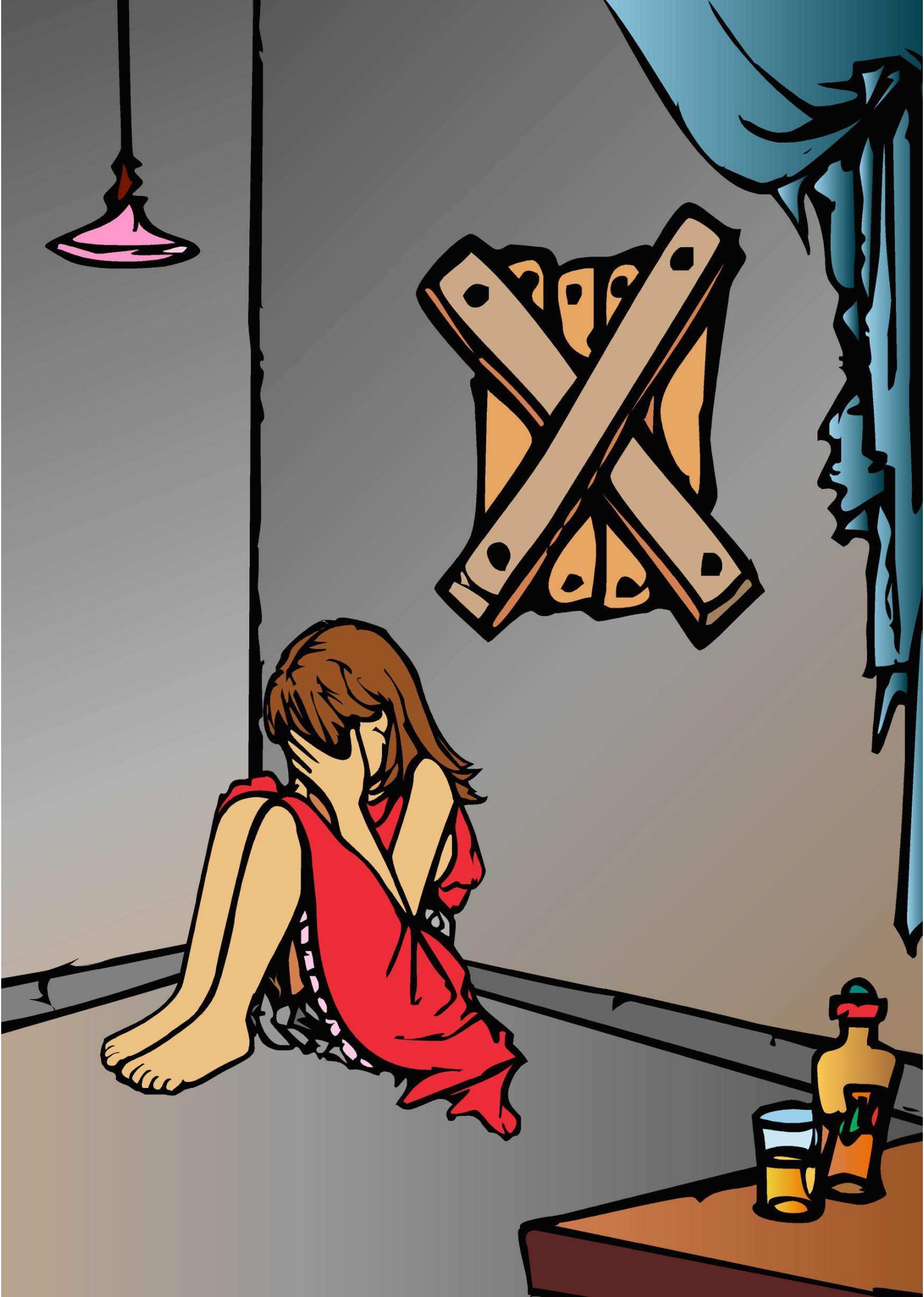
Se dirigieron a la localidad de Los Mártires en el centro de la capital. El ambiente era desolador: edificios deteriorados, suciedad en las calles y moradores de aspecto terrorífico. No parecía precisamente una zona segura. No había ninguna majestuosa casa, solo un pequeño apartamento sucio y prácticamente desamueblado. Esa peculiar pareja no eran los tíos de Ricardo ¡si es que se llamaba así! Todo era una farsa.

El verdadero cometido de Ricardo era el de captar chicas menores de edad para redes y mafias de explotación sexual. Las enamoraba y se ganaba su confianza engañándolas con falsas promesas que urdía en base a sus puntos débiles: situaciones de pobreza, desprotección, marginación social, malestar psicológico. Finalmente por un módico precio, las dejaba en manos de terceras personas, los explotadores.

Valeria estaba sola, en una ciudad extraña y

lejos de su familia. Estaba además totalmente indocumentada pues le dio su pasaporte y su carnet de identidad a Ricardo para poder volar. Pasó días encerrada en aquel apartamento sin probar bocado. Sola, asustada, hambrienta y sin identidad ¿Qué podía hacer?

¿Podrá Valeria escapar de esta situación? Si quieres que Valeria intente huir, dirígete a la página 94, si quieres que espere a sus captores, continúa leyendo.



La puerta permanecía cerrada con llave las 24 horas del día, las ventanas enrejadas habían sido tapiadas, no había escapatoria posible. Mientras sus captores negociaban su fatal destino, Valeria sufría toda clase de amenazas que la disuadían de escapar – Si intentas huir mataremos a tu padres, acuérdate, sabemos bien dónde vives, conocemos a tu familia y amigos -.

Una mañana sus captores la trasladaron a un pub de carretera, un antro lúgubre, sucio y deprimente, que apestaba a sudor y a whisky barato. Había muchas mujeres, todas muy maquilladas y repeinadas. Algunas de aspecto triste, otras destilaban tal frialdad que sus miradas eran estremecedoras.

Valeria quedó en manos de Dominique, una mujer de mediana edad que regentaba el local y dirigía a las chicas. Mientras lloraba y suplicaba que la dejaran ir, Dominique le explicaba el trabajo que había venido a desempeñar y la obediencia ciega que le debía procesar. Valeria se tapaba los oídos para no escuchar las terribles palabras, mientras se ahogaba en un mar de

lágrimas. ¡Qué horribles cosas la obligarían hacer!
¡Qué lastimero futuro la aguarda!

Dominique ordenó a las chicas que prepararan a Valeria para esa noche. Peluquería, maquillaje y vestuario para aparentar algunos años más, sin perder del todo su apariencia inocente. La pequeña sollozaba y temblaba frente a esta rocambolesca escena. Las chicas intentaban consolarla, aunque con el consuelo de aquel que se sabe preso y no encuentra salida a su cautiverio – te acostumbrarás, al principio te sientes morir, pero hasta al dolor se acostumbra una – decía Camila, una de ellas. Pero Valeria, que no había pasado pocas penurias desde su nacimiento, sabía bien que mentían. Una nunca se acostumbra a dolor, menos aún si antes conoció la dicha.

El día tocaba a su fin, el sol caía y con él, las esperanzas de Valeria por escapar de esa pesadilla. Pronto empezarían a llegar clientes y ¿qué sería de ella? Aterrorizada en un cuartucho de aquel denigrante local, esperaba hecha un ovillo sobre un camastro su fatal destino.

Totalmente encogida, se replegaba más y más sobre sí misma en un vano intento por desaparecer.

De pronto se oyó un estruendo enorme, como si un pelotón hubiera irrumpido en el pub. Comenzó a escuchar gritos, ruido de pasos a la carrera y ordenes casi marciales. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué más podía ocurrir ya? Fue entonces cuando una mujer hasta entonces desconocida irrumpió en la habitación en la que ella se encontraba. Botas de asalto y uniforme verde, Valeria no podía creer su suerte iera una agente de la policía nacional colombiana!

Llevaban meses tras la pista de esta red criminal de Trata de mujeres y niñas, que explotaba y vendía a más de de 200 mujeres tan solo en la ciudad de Bogotá. Este pub era solo uno de los muchos locales que utilizaban para perpetrar sus crímenes. El operativo de lucha contra la Trata de Personas, que ha estado trabajando de incógnito sobre la zona en varias ocasiones, decidió, a la luz de las evidencias contrastadas, poner en marcha el dispositivo que

permitiría la detención de buena parte de los criminales de la red y la liberación de las chicas explotadas.

Valeria estaba a salvo. Sus tristes lamentos se tornaron lágrimas de alegría. Bajo protección policial Valeria pudo ponerse en contacto con su familia y por fin, volver a reunirse con ellos en Cartagena de Indias.

Fueron los propios agentes de policía, especialistas en este tipo de problemática criminal, quienes aconsejaron a José y Luz María, llevar a Valeria al centro que Fundación Tierra de hombres regenta en su ciudad. Esta fundación desarrolla proyectos de apoyo psicosocial destinados a chicas que han pasado por historias muy parecidas a la de su hija, ayudándolas en el a veces difícil camino a seguir para la superación del trauma.

Ahora Valeria regresa poco a poco a su ritmo de vida a habitual: las clases, los recados, las tareas y la diversión. No puede evitar sentir temor aún, pero acude cada semana a Fundación Tierra de hombres dónde comparte




STOP la
explotación
sexual infantil


**Tierra de
hombres**

Ayuda directa a la infancia
desamparada, sin preocupación de
orden político, racial o confesional.

experiencias con compañeras que han sufrido una pesadilla similar a la suya, recibe el apoyo que ellas le brindan y junto al equipo del centro, trabaja día a día para superar sus miedos.

Se llamaba Valeria, y su valor era ciertamente incalculable.

Fin.

A pesar de la actitud afable de Ricardo, Valeria consideró que no era buena idea que un desconocido la acompañara a casa, al fin y al cabo por muy seductor que resultase, no lo conocía absolutamente de nada y tanto en casa como en la escuela siempre le enseñaron que ante todo debe ser precavida y velar por su seguridad.

Recordó el testimonio de Estela, una chica que acudió a su colegio junto con el equipo de Fundación Tierra de hombres, una ONGD de ayuda a la infancia que trabaja allí en Cartagena. Estela les contó su terrible experiencia acerca de cómo fue engañada, vendida y explotada por una red criminal y su particular odisea hasta ser liberada.

– Y todo por crearme más lista que el hambre, más que mis padres, más que mis profes, más que nadie. Pensaba que nada malo podía ocurrirme a mí y que las desgracias que salen en las noticias siempre les suceden a otros ¡Con lo

lista que yo era, eso nunca me iba a pasar a mí!- les relató amargamente Estela en aquella ocasión.

Ella se dejó embaucar por una pareja muy simpática, de aspecto joven y desenfadado y con mucho estilo a su parecer. La abordaron a la salida de la escuela, alabando su deslumbrante belleza y su elegante figura. Se hacían pasar por buscadores de talentos procedentes de una agencia de moda, en plena selección de nuevas modelos para su empresa. Le prometieron una vida de ensueño, la conquistaron, convencieron a su familia del alto potencial de su hija y de las magníficas expectativas de futuro que se le planteaban dentro del mundo de la moda y bajo esa espesa luz de gas, les engañaron como a idiotas. Nadie se paró a pensar quiénes eran esos señores y de dónde habían salido, nadie se tomó un segundo si quiera para preguntar por la empresa que presuntamente representaban, por contrastar la veracidad de tan fantástica propuesta. Prevenir la terrible experiencia que

Estela padeció era tan fácil como investigar acerca de la ficticia empresa, pero nadie lo hizo, ni si quiera ella. Su imprudencia la llevó a sufrir la peor pesadilla de su vida y aún así, se siente profundamente afortunada por poder contarlo.

El relato de Estela resonaba su mente mientras miraba a los ojos del amable chico que gentil se ofrecía a llevarle las bolsas. De pronto lo tuvo claro y de manera segura pero asertiva declinó la invitación de Ricardo.

Él, testarudo, no aceptaba un no por respuesta e insistía e insistía con más edulcoradas lisonjas para intentar conquistar la voluntad de la joven, pero Valeria se mantuvo firme en su decisión. Al sentirse rechazado, Ricardo montó en cólera y comenzó a insultar e increpar a la pequeña, sin embargo, una de las comerciantes les salió al paso e invitó al chico a que se marchara raudo si no quería tener que vérselas con las autoridades.

Pocos días más tarde, cuando Valeria salía de la escuela después de un divertido día de clases, volvió a ver a Ricardo. Estaba hablando con otra chica de su curso tal y como lo hizo con ella aquel día en el mercado: los mismos elogios, las mismas alabanzas, la misma actitud encandiladora y ese especial interés por acompañarla hasta casa... Valeria intuía algo turbio en todo aquello, idemasiadas coincidencias! Así pues, ni corta ni perezosa, se dirigió al despacho de la directora y le relató toda la historia. Ésta, sorprendida por las palabras de la niña, llamó de inmediato a las autoridades. Nunca más volvió a ver a Ricardo.

Una noche mientras cenaba, Valeria palideció. Una noticia en el informativo narraba la desarticulación de una red de explotación sexual de jóvenes y niñas en Colombia, y allí estaba de nuevo el amable y halagüeño Ricardo, esta vez en pantalla, como uno de los integrantes de la red criminal. El cometido de Ricardo era el de

captar a chicas menores de edad para redes y mafias de explotación sexual. Las enamoraba y se ganaba su confianza engañándolas con falsas promesas que urdía en base a sus puntos débiles: situaciones de pobreza, desprotección, marginación social, malestar psicológico. Finalmente por un módico precio, las dejaba en manos de terceras personas, los explotadores.

Valeria no podía creer su suerte y buen hacer, su prudencia la salvó de quién sabe qué horribles acontecimientos. Aún cuando piensa en ello, no puede evitar acordarse de Estela y agradecerle su valentía a la hora de compartir su relato, quizás si no hubiese sido por ella, no hubiera tenido la determinación para decir No. Por ello, Valeria ha decidido contar también su historia al mundo, para que otros chicos y chicas comprendan que la información y la prevención es el arma más poderosa para protegerles.

Fin.

Luz María y José estaban preocupados por su hija Valeria. A penas conocían a Ricardo y el hecho de dejar marchar a su hija con él, les inquietaba. El chico nunca hablaba de su familia y de pronto aparecen en escena unos tíos maravillosos, ricos y tremendamente generosos, dispuestos a hacerse cargo de su sobrino y de la novia de este... Todo eso les causaba cuanto menos extrañeza y por ello, querían estar seguros de en qué manos dejaban a su pequeña.

Así pues, comenzaron a investigar acerca de Ricardo y sus tíos. Primero se dirigieron al lugar dónde supuestamente Ricardo les había comentado que vivía con su familia allí en Cartagena, un barrio acomodado de la ciudad. Al llegar a la dirección señalada encontraron la casa de un matrimonio de recién casados que en absoluto le conocían. Pensando que quizás pudieran haber confundido la dirección exacta, preguntaron a los vecinos del barrio si podían contarles algo acerca de Ricardo y su familia.

Nadie sabía nada, nadie les conocía, nadie les había visto jamás por allí. Aunque resulta muy extraño, puede ser que se trate de una familia bastante reservada, tal y como es el chico, y por ello los vecinos no sepan quienes son. No obstante, José y Luz María, prefirieron seguir investigando.

Rescataron el número de teléfono desde el cual habían hablado con los tíos de Ricardo y llamaron al servicio de información telefónica para preguntar acerca del titular de la línea. Su sorpresa fue mayúscula al comprobar que dicho número no pertenecía a ninguno de los supuestos familiares de Ricardo. La historia cada vez resultaba más espeluznante y aún incrédulos ante tal conmoción, decidieron recabar más datos sobre el domicilio que, supuestamente ocupaban los tíos de Ricardo en Bogotá. Así pues, volvieron a ponerse en contacto con el servicio de información y esta vez, preguntaron por el teléfono de los residentes en dicho domicilio, de

esa forma tal vez podrían comprobar si los tíos de Ricardo viven realmente allí. Una vez más, la realidad distaba mucho de lo que les habían contado. No existía tal domicilio, la dirección corresponde a un edificio de propiedad municipal en el centro de Bogotá.

Estupefactos por la información recibida, decidieron volver a llamar al número a través del cual hablaron con estas personas ¿sean quienes sean! Querían comprobar si seguían contestando al teléfono y en efecto, al descolgar la llamada al otro lado de la línea Luz María reconoció la voz del supuesto tío de Ricardo y de inmediato colgó.

Demasiadas casualidades encadenadas, demasiados interrogantes y la seguridad de su hija en juego. José y Luz María no podían quedarse de brazos cruzados, por lo que se dirigieron a la comisaría de policía dónde explicaron todo lo sucedido ante el comisario y relataron sus pesquisas. Inmediatamente el comisario comprobó la identidad del titular de la línea con

el que los padres de Valeria habían contactado, se trataba de un delincuente reincidente que había sido acusado y condenado con anterioridad por extorsión y Trata de personas.

El comisario explicó a los padres de Valeria el modus operandi de estas redes criminales: - En primer lugar, suele ser habitual que una persona actúe como captador, ganándose la confianza de su víctima de muy diversas formas: algunas veces mediante fantásticas ofertas de trabajo o viajes de estudios, otras, como en el caso de Ricardo, enamorándolas. Tras ganarse su voluntad, el captador o captadora venderá a la víctima al tratante o persona encargada de explotarla. Valeria está en grave peligro, debemos apresar cuanto antes a Ricardo, si descubre que está siendo investigado, podría intentar huir con su hija y desaparecer ambos para siempre.-

Los padres de Valeria estaban aterrados ¿en manos de quién estaba su pequeña? De inmediato el comisario dispuso un operativo para

detener a Ricardo, lo interceptarían a la salida del colegio, cuando este fuera a recoger a la chica. Y así ocurrió, la campana que anunciaba el final de las clases sonó y Valeria bajó corriendo las escaleras en busca de su amado, pero, apenas alzaba la mano para saludarle cuando un par de agentes de paisano lo detuvieron. Valeria no sabía qué estaba pasando ¿A dónde se lo llevaban? ¿Por qué lo detenían? ¿Qué mal había hecho? Lloraba desconsolada ante la rocambolesca escena. De pronto, sus padres salieron a su encuentro y la abrazaron intentando mitigar su dolor. ¿Qué estaba pasando?

Ya en casa, Luz María y José relataban todo lo acontecido ante la atónita mirada de su hija. Valeria se sentía traicionada, engañada e incluso bastante asustada aún ¿Qué hubiera sido de ella de no haber sido por la intervención de sus padres? ¿Cómo pudo ser tan ingenua? Se encuentra fuertemente impresionada por lo ocurrido por lo que juntos deciden buscar ayuda y

acuden a la Fundación Tierra de hombres, una ONGD de ayuda a la infancia que lleva años velando por los derechos de las niñas y niños en el mundo y trabaja para erradicar la trata infantil allí en Colombia. La Fundación proporciona apoyo psicosocial a niños y niñas víctimas de explotación, ayudándoles a superar el trauma y recuperar la normalidad en sus vidas. Valeria se siente feliz de acudir allí, ha conocido a mucha gente nueva y ha aprendido a ser más cauta. Ahora sabe que la mejor defensa es la prevención y que dicha prevención es tarea de todos.

Fin.

El apartamento permanecía cerrado con llave las 24 horas del día, las ventanas enrejadas habían sido tapiadas, no había escapatoria posible. Una mañana, la puerta se abrió y los secuestradores irrumpieron en la sala. -Prepárate que te marchas, ya te hemos encontrado trabajo, preciosa- Le dijeron. ¿A dónde la llevaban? ¿Qué más le podía ocurrir?

Mientras cruzaba el umbral de la puerta, Valeria fantaseaba con su terrible futuro ¿a dónde iría a parar esta vez? y lo que es aún peor ¿con quién? Terribles pensamientos atormentaban su mente. Bajar esas viejas y sucias escaleras era lo más parecido posible a un descenso a los infiernos. Nada bueno le depararía ese próximo viaje.

Se sentía condenada, lo había perdido todo: su familia, sus amigos, su ciudad, su escuela... Todo lo que ella amaba. Pero, por extraño que parezca, cuando ya no nos queda nada más que perder, nuestros miedos también desaparecen y

quizás sea por ello por lo que Valeria se decidió a escapar. Antes de llegar al auto se zafó de sus raptos y echó a correr.

Corrió tan rápido como pudo. Ni el hambre, ni el cansancio, ni si quiera sus temores le impidieron hacerlo. A la zaga iban sus secuestradores, intentando darle alcance. Uno de ellos sacó una pistola y comenzó a disparar, pero Valeria no se detuvo, llegados a este punto prefería morir intentando salvar su vida que ponerla en manos de esas bestias. No miró hacia atrás, siguió corriendo tanto como pudo.

De pronto comenzó a escuchar lo que para ella sería el sonido de la salvación, una música celestial que quedará grabada por siempre en su mente: unas sirenas de policía. Alertados por los disparos, los vecinos llamaron a las autoridades que se acercaban velozmente al lugar del suceso.

Al fin Valeria divisó los coches patrulla, alzó los brazos pidiendo auxilio y los autos se

detuvieron. Rápidamente, la agente González puso a la chica a salvo. Los criminales emprendieron la huida, pero los policías se apresuraron a capturarlos. Valeria no podía creer su suerte, por fin todo había terminado.

Bajo protección policial, la pequeña pudo ponerse en contacto con su familia y por fin, regresar a su hogar en Cartagena de Indias.

Fueron los propios agentes de policía, especialistas en este tipo de problemática criminal, quienes aconsejaron a José y Luz María, llevar a Valeria al centro que Fundación Tierra de hombres regenta en su ciudad. Esta fundación desarrolla proyectos de apoyo psicosocial destinados a chicas que han pasado por historias muy parecidas a la de su hija, ayudándolas en el a veces difícil camino a seguir para la superación del trauma.

Ahora Valeria regresa poco a poco a su ritmo de vida a habitual: las clases, los recados,

las tareas y la diversión. No puede evitar sentir temor aún, pero acude cada semana a Fundación Tierra de hombres dónde comparte experiencias con compañeras que han sufrido una pesadilla similar a la suya, recibe el apoyo que ellas le brindan y junto al equipo del centro, trabaja día a día para superar sus miedos.

Se llamaba Valeria, y su valor era ciertamente incalculable.

Fin.

Lo que el oro esconde

Claudia Frankel García-Añoveros
María del Pilar Ceballos Becerril
Sevilla. Julio 2015.

Esta es la historia de Juan, un niño de tan solo nueve años cuya gentil sonrisa tan solo se adivina bajo la negra capa de ceniza que lo envuelve. Por mucho que Juan se afana en limpiarla, no hay forma de borrar la porquería que el trabajo deja en sus escasas y roídas vestimentas y en su maltrecha tez.

Juan es el primogénito y único hombre de su casa. Vive junto a sus dos hermanas pequeñas y su madre, enferma de tuberculosis, en una pequeña choza situada en la que llaman la ciudad más alta del mundo, la Rinconada, en Perú. Una localidad perdida en la cordillera de los Andes, famosa por su importante mina de oro. Su padre falleció inesperadamente hará dos años este próximo invierno. Cuando esto sucedió, Juan



tuvo que dejar la escuela y buscar la forma de ganar algo de dinero para ayudar a su familia.

Son pocas las opciones para un crío tan pequeño en una ciudad como esta: o la mina o la delincuencia, no hay alternativa y Juan no quiere ser un delincuente, quiere que su madre se sienta orgullosa de él. En el pueblo reclutan frecuentemente a niños para trabajar en la mina, ya que al ser pequeños pueden acceder con mayor facilidad a según qué sitios y además les pagan menos dinero por su labor. He aquí el arduo y peligroso trabajo del chico que tanto tizna su piel, Juan es minero.

Su jornada laboral comienza a las cinco de la mañana y termina sobre las diez de la noche. Para comer recibe dos rebanadas de pan seco y un jarrillo de agua. Lo extraño es que no desfallezca con semejante dieta, pero ni si quiera eso se puede permitir, debe trabajar sin descanso ya que si no lo hace, al día siguiente su familia no tendrá qué comer. No se trata pues de una elección sino de una obligación.

Decir que el trabajo de Juan es brutal es un eufemismo. No solamente se juega la vida bajando a la mina, sino que también los vigilantes le maltratan. Cuando no trabaja tan rápido como su jefe quisiera, este le grita y le pega por la espalda con un cinturón. La tortura es tal que a Juan ya le es indiferente la muerte, solamente quiere encontrar oro. Eso es lo único en lo que piensa.

La Rinconada ha robado la inocencia a tantos niños como Juan... Su ubicación a gran altitud hace muy difícil el simple hecho de respirar. El frío también es inhumano. Todas las mañanas él y los otros críos realizan juntos la caminata hacia la mina, en silencio y cabizbajos, como si de un cortejo fúnebre se tratara. Sus zapatos resbalan sobre la nieve, los dedos de los pies se le congelan, su nariz está congestionada por el olor a azufre y arsénico de la mina. Envidia a los niños y niñas que van a la escuela, pues él sueña con aprender del mundo y salir de La Rinconada.

Su salario depende de la cantidad de oro que extrae. En su pueblo casi todo el mundo vive de la mina, es la fuente de ingresos principal de gran parte de la población. Cuanto más oro consigas, más dinero ganarás ese día, si no logras extraer nada, nada recibirás a cambio y es habitual que los niños y niñas trabajen. Ellos suelen trabajar en la mina, ellas, en el servicio doméstico.

María, una niña de la misma edad que Juan, trabaja incluso más horas que él. Los que vigilan las minas le ofrecieron trabajar limpiando sus hogares, pero ha terminado convertida en una auténtica esclava doméstica. Se pasa el día fregando, recogiendo leña para calentar las casas y cocinando. Cuando los vigilantes vuelven de las minas habitualmente se emborrachan y el alcohol les hace ser incluso más groseros y violentos con la gente. María sufre mucho y se pasa el día preocupada pensando en qué le harán cuando vuelvan. Al igual que Juan, si ella no trabaja, su familia no se puede sustentar.

Juan y María charlan mucho acerca de qué pasaría si un día no fuesen a trabajar y en lugar de ello empezaran a caminar. No saben muy bien a dónde irían, pero lejos, muy lejos de la Rinconada.

Si quieres que María y Juan se escapen ve a la página 110, si por el contrario quieres saber que ocurre a continuación, continúa leyendo.



El mundo de la minería es bastante duro. Los niños se ven forzados a una vida de esclavitud. Ganan muy poco dinero, y su vida está a expensas de los vigilantes. El mercurio que utilizan para extraer el oro es altamente venenoso y causa muchos problemas de salud. Juan nota sus efectos cada día más. Se marea al bajar a la mina y no consigue concentrarse igual. Su cuerpo desfallece cada día con mayor facilidad. Además, vive con el temor perpetuo de morir sepultado, ya que la construcción de la mina es muy precaria y en cualquier momento corre el riesgo de colapsarse. Muchas veces termina el día cubierto de heridas y rasguños severos.

Juan cree habituarse al dolor, cuando en realidad es resignación lo que siente. Ya no suplica una vida mejor, solo ansía encontrar más oro. Está demasiado cansado para soñar con una vida mejor.

¿Quién en Perú va a preocuparse por un sitio tan sumamente recóndito y aislado como la

Rinconada? Por suerte, de vez en cuando aparece algún turista despistado con aspiraciones de explorador que desea conocer aquella que llaman la ciudad más alta del mundo. Así, un día, un grupo de exploradores ascendieron las colinas que desembocan en la ciudad de la Rinconada, pensando encontrar unas vistas preciosas y una cultura rica y diversa. Sin embargo, lo que encontraron desafió sus peores expectativas. Niños explotados laboralmente, malnutridos y muertos de frío.

Juan no podía comprender cómo alguien podía estar interesado en visitar su pueblo, pero lo que él no sabía es que esa visita iba a ser su puerta a la salvación. Los intrépidos aventureros subieron las colinas y llegaron hasta la mina.

Los vigilantes parecían un poco nerviosos y molestos por todas sus preguntas. Los turistas observaron con asombro la presencia de niños trabajando, muchos de ellos tan pequeños que a duras penas podían empujar una carretilla, estaban malnutridos y sus rostros eran tan tristes...

En ese mismo instante, Nacho, un amigo de Juan, tropezó y dejó caer el saco lleno de escombros al suelo, entonces el vigilante le pegó con dureza y los visitantes estremecieron de horror. Acto seguido, comenzaron a hacer muchísimas fotos, no solo de la mina sino de ellos también.

Si crees que los turistas alertarán a las autoridades ve a la página 120, si piensas que publicarán las fotos, sigue leyendo a continuación.



Los exploradores publicaron un reportaje sobre sus experiencias en Perú. Dentro del mismo había fotos de la mina, de los vigilantes y de los niños y niñas, incluyendo una de Juan.

La directora de Tierra de Hombres en Perú vio el reportaje y quiso saber más acerca de la mina. Decidió visitarla junto a compañeros del centro. Pudo comprobar el horror con sus propios ojos.

Fundación Tierra de hombres trabajó duro durante meses y meses hasta conseguir que las autoridades clausuraran la mina y se hicieran cargo de la terrible situación de esas niñas y niños y sus familias, pero finalmente lo consiguió.

Todos los niños y niñas, incluidos Juan, María y Nacho, recibieron el apoyo y la ayuda de Tierra de hombres. Ahora van al colegio y no tienen que trabajar durante todo el día para sostener a sus familias.

Han recobrado la sonrisa y miran al futuro con esperanza.

FIN.

Una noche cuando Juan llegó de la mina, justo en la puerta de casa encontró a María llorando. Corrió hacia ella preocupado por lo que pudiera haberle pasado - ¡María! ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?- preguntó Juan muy alterado.

-Juan, ya no puedo más. Mi vida es un infierno. Trabajo día y noche, sin descanso. Estoy agotada.

-Te entiendo, esto no es vida, decidido, nos marchamos de aquí- Contestó Juan con mucho aplomo.

Y sin pensarlo dos veces, para no dejar lugar al arrepentimiento, comenzaron a caminar. Caminaron la noche entera, agotados por el cansancio acumulado y muertos de frío. La esperanza de una vida mejor les dio fuerza para seguir.

¿Conseguirán María y Juan escapar? Si crees que no consiguen escapar ve a la página 115, si crees que lo conseguirán continúa leyendo.

Al amanecer divisaron en la lejanía lo que parecía una pequeña aldea. Desde las colinas podían ver con detalle las casas. La gente aún dormía y ellos se sentaron sobre la colina para observar el paisaje.

Algunas horas más tarde, descendieron rumbo al pueblo. Las niñas y niños jugaban a la pelota, algunos aldeanos montaban puestos de fruta y verdura, cosechados en sus propias huertas. Parecía otro mundo. La gente sonreía, sus rostros parecían resplandecer. Una señora se acercó a Juan y María y les ofreció un poco de fruta fresca que ambos devoraron con un ansia atroz. Después, tranquilamente se sentaron a charlar con ella. La mujer quería saber qué hacían ellos dos solos vagando por el pueblo. Juan le explicó su situación. Le dijo que estaban más que hartos de tanto maltrato. Vivían en pésimas condiciones y sometidos al abuso perpetuo. Y como no parecía que las cosas fuesen a mejorar, entonces decidieron escapar. Sabían que era arriesgado pero no podía ser peor que lo que estaban viviendo. Juan se derrumbó y comenzó a

llorar desconsolado cuando le contó que había dejado atrás a su familia. Quería encontrar la forma de ayudarles económicamente sin morir en el intento, al fin y al cabo en la mina, si no le mataba el hambre o el cansancio, le matarían los terribles vapores del metal, la silicosis o cualquier otra enfermedad respiratoria. La señora les trató con suma ternura, no podía creer todo lo que habían tenido que sufrir aquellos dos pequeños. Se notaba que estaba francamente preocupada por el bienestar de ambos. Les dijo que no se preocuparan más, pues existen organizaciones que ayudan a familias como las suyas, y les propuso una solución. Les indicó que dos pueblos más al sur existía un centro de la Fundación Tierra de hombres donde les podría ayudar. Por desgracia, ella ya tenía tres hijos y lamentaba no poder acogerlos. Les dio cuantiosos víveres para el viaje y ropa limpia y Juan y María partieron rumbo a su destino, caminando sin descanso hasta alcanzar la meta.

Gracias a Tierra de hombres han rehecho sus vidas. Ya no trabajan como esclavos. Han

comenzado a estudiar educación primaria y les encanta el colegio. Todavía no pueden volver a su pueblo porque corren el riesgo de ser forzados a trabajar de nuevo, no obstante, en sus corazones albergan la esperanza de poder regresar algún día a la Rinconada y ayudar a todos los niños y niñas que como ellos sufren de explotación.

FIN.

En la oscuridad de la noche Juan y María seguían caminando. Los pies les dolían pero no podían dejar de caminar. Temían ser encontrados. Desafortunadamente, esa misma oscuridad que les ocultaba, permitió que se despistaran.

Empezaron a dar vueltas por lo que parecía ser un camino de tierra que conectaba dos pueblos. Horas después de haber emprendido su huida, fueron sorprendidos por luz cegadora de los faros de una furgoneta. Pensando que estaban lo suficientemente lejos del pueblo para coincidir con gente conocida, intentaron parar el coche. Gritaron y gritaron hasta que paro. Cuando el conductor bajó la ventanilla, la sorpresa fue mayúscula, se trataba de uno de los vigilantes de la mina. Este les reconoció enseguida. Ambos empezaron a correr aterrados, pero resultó inútil. El vigilante les atrapó y les metió a la fuerza en la furgoneta. Cuando llegaron al pueblo, recibieron una terrible somanta de palos a modo de castigo por su intento de fuga, la reprimenda fue brutal.

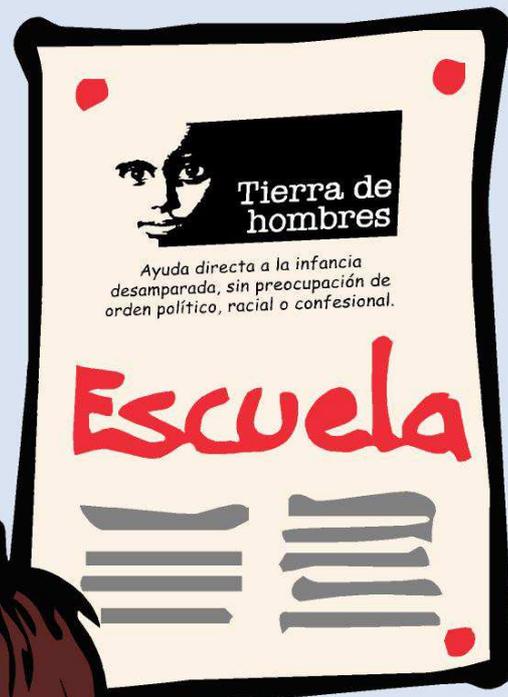
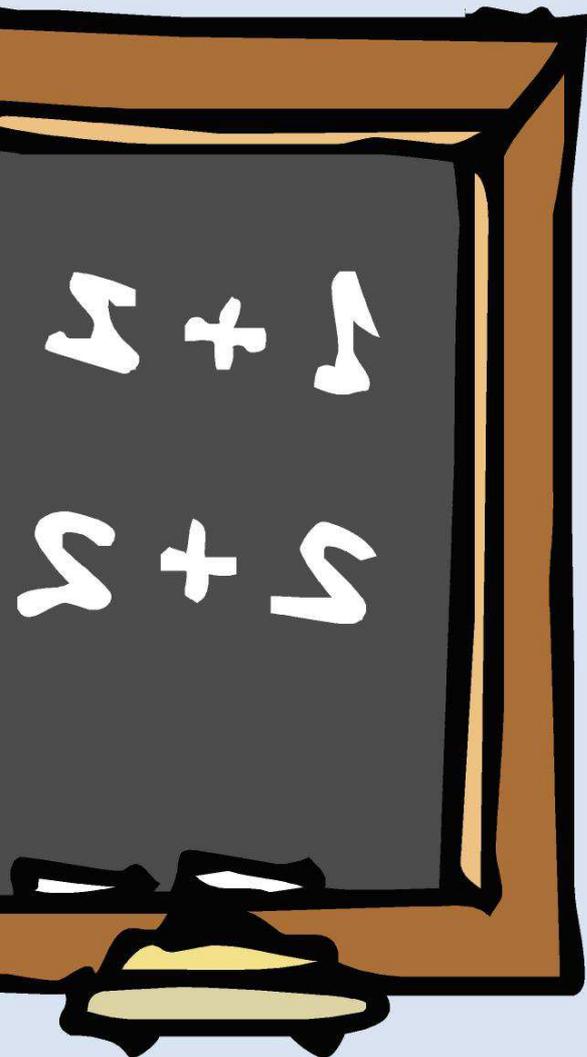
Los vigilantes les advirtieron que nunca más se les ocurriera escapar o la próxima vez serían sus familias las encargadas de pagar las consecuencias. Desde entonces no pensaron nunca jamás en escapar, el coste era demasiado alto. Tendrían que seguir trabajando y soportar las consecuencias de su fallida huida.

Tras lo ocurrido, Juan y María tuvieron que trabajar más horas de lo habitual. A penas podían dormir. Cuando terminaba el turno de día y se acercaba la hora de regresar a casa, ellos debían seguir trabajando. María tuvo que trabajar en más hogares y servir durante mucho más tiempo. A Juan le fueron encargadas las tareas más pesadas y peligrosas. Si ocurría algún problema, como los vigilantes habían predicho, Juan y María eran los primeros en enterarse, pues en ellos recaía la responsabilidad de todos los errores que se cometían, aunque no fuesen culpa suya.

Un día todo cambió. El gobierno de Perú se propuso acabar con todas las minas ilegales en las

que, además, se practicaba la explotación infantil. La prensa se había hecho eco de las condiciones de vida infrahumanas de las y los trabajadores y de la presencia de niños y niñas en situación de esclavitud. El gobierno quería poner fin a semejante escándalo, además, no debemos olvidar que la explotación ilegal de las minas les estaba haciendo perder una importante suma de dinero a la que no estaban dispuestos a renunciar. Así fue como el ejército peruano se puso en marcha para desalojar y precintar dichas minas, incluida la mina de la Rinconada.

Juan recordará con alegría ese día durante el resto de su vida. Las familias fueron instadas a solicitar ayuda y acudir a centros como el de Fundación Tierra de hombres en Perú, pero aún queda mucho trabajo por hacer por parte de las autoridades para que estas familias dejen de padecer necesidad y para que los niños y niñas no se vean obligados a trabajar renunciando a su infancia.



En el centro de Fundación Tierra de hombres, Juan pudo empezar a asistir al colegio. Trabaja para superar el maltrato vivido y continúa su vida felizmente. Todavía se estremece al recordar todo lo vivido, pero por fin hoy puede seguir adelante sin miedo.

FIN.

Aquellos visitantes con pinta de exploradores llevaron las fotos que habían tomado en la Rinconada al centro de Tierra de hombres en Perú. Pocos días más tarde, un grupo de personas, acompañadas por las autoridades locales, acudió a la mina para rescatar a los niños. Eran trabajadores y voluntarios de Fundación Tierra de hombres, que gracias a las fotos de aquellos peculiares visitantes, denunciaron la actividad ilegal que allí se venía realizando, las condiciones de explotación a las que eran sometidos las y los pequeños y conversaron con las familias de la zona, incluida la de Juan, con el objeto de proporcionarles ayuda para preservar ante todo los derechos de sus hijos e hijas.

Ahora Juan acude a clase a diario, sabe que es fundamental para su futuro, sigue realizando algunos trabajos para ayudar a su familia pero por fortuna nada es como antes.

FIN.

Amina ya no juega

Claudia Frankel García-Añoveros
María del Pilar Ceballos Becerril
Sevilla. Julio 2015.

Arrastra su arma por el camino ensuciándola de tierra. Anda lentamente, casi sin poder respirar. Le cuesta levantar la cabeza. De vez en cuando se tropieza con una roca o una rama caída. Su única camiseta está manchada de sangre, pero la sangre no es suya, es de la gente del pueblo que obligada, tuvo que matar. El olor a muerte domina sus sentidos. Para Amina, una niña de tan solo nueve años, esta violencia ocurre todas las noches. Esta siendo forzada a ser violenta y a matar. No es algo que haya elegido. La guerra es un sufrimiento que parece no tener fin.

Esta es la vida de una niña soldado. Al ser una chica en un campamento mayoritariamente masculino tiene más responsabilidades que los demás. Durante el día cocina, limpia, y atiende a todos los soldados. Por la noche, sale con su



grupo de asalto, siempre bajo estricta vigilancia, para evitar que nadie ose escapar.

Amina, horrorizada, se ve a sí misma como una máquina de destrucción. En ello la han convertido.

Al ser niña, su vida vale menos que la de un varón. Siempre la ponen en primera línea de fuego, aunque para ella eso es lo de menos, ya el miedo a la muerte lo tiene prácticamente superado. Sin embargo, no logra habituarse a la violencia, imposible estando siempre situada en primer plano y presenciando el sufrimiento en su pleno apogeo. Tener que matar y destruir pueblos la destroza por dentro. Cuando regresa al campamento lo único que desea es cambiarse de ropa, limpiarse la sangre, y olvidar, pero no puede. Solo tiene una camiseta, unos pantalones y un millón de pensamientos que atormentan su mente.

¿Cómo llegó Amina a vivir una vida tan atroz? La guerra es la explicación.

Antes de la guerra Amina vivía con sus padres y sus dos hermanos en una finca bananera. Por las mañanas iba al colegio y por las tardes ayudaba en la finca. Su vida era simple. No podría haber imaginado tanta violencia. Todos los sábados iba con su familia al mercado del pueblo. Allí se reunían todos, jóvenes y mayores. Amina ayudaba en el puesto de sus padres vendiendo los plátanos de su finca y luego se marchaba a jugar y a pasear con sus amigas por el mercado. ¡Había tanta vida y tanta alegría!

Un día todo cambió. Amina se retrasó jugando con sus amigas en el mercado y tuvo que volver sola a casa. Soldados rebeldes la vieron caminando por el camino de tierra y la secuestraron. Amina gritaba y lloraba, mientras los soldados le pegaban para que se callara. Le arrebataron la única vida feliz que conocería.

En el campamento Amina conoció a muchos niños soldado, entre ellos, una chica llamada Yasmina que fue secuestrada con catorce años y que por ser relativamente “mayor”,

fue forzada a casarse con uno de los soldados. Tiene incluso menos libertad que ella. Amina espera que ese no sea su futuro y poder regresar a casa con su familia antes de tener que casarse.

Yasmina siempre está triste y débil. Amina nota que se cubre los brazos con mangas largas incluso cuando hace calor, pues le da vergüenza enseñar las heridas y hematomas que tiene fruto de los golpes que le propina su marido. Se siente completamente sola. Sus padres fueron asesinados por los rebeldes en un campamento de refugiados y ella fue secuestrada. Comenta que desearía haber muerto allí en vez de tener que vivir en esta miseria. Las niñas viven oprimidas en el campamento. Son marginadas y aunque Amina intenta llevarse bien con los demás, nota que la tratan diferente. Los niños la miran con cara de asco, como si su vida tuviese menos valor.

Cuesta creer que a alguien pudiera gustarle luchar de manera tan brutal como la exigida a los niños soldado. Un amigo de Amina, Celeste, se

alistó para luchar alentando por la ilusión de poder y prestigio que sugiere la guerra. Se siente valioso al poder combatir a los enemigos. Amina le escucha pero no le entiende. Nunca se podrá acostumbrar a la violencia y al maltrato. Se siente oprimida no solo como soldado sino también como niña. La guerra le ha robado la inocencia y la ha confinado a una vida de miseria y dolor. Cuanto más tiempo pasa en el campamento, más difícil se le hace recordar su pueblo, su familia y sus amigas. Mientras algunos niños como Celeste parece que hasta disfrutan de su trabajo, Amina no puede.

Cuanto más valiente se muestran los niños soldado, más posibilidades tienen de ascender a puestos de mayor prestigio. Cuando Amina llegó al campamento, conoció a un chico llamado Yvan. Tenía ya quince años y había sido secuestrado con doce. Él le contaba que pronto comprendió que cuanto más lucharan, antes finalizaría la guerra -En cuanto un bando gane, todo terminará-. Al poner tanta dedicación en la lucha, los soldados le ascendieron a cabo



primero. Ya no tenía que matar tanto, ni someterse a tanto peligro. Siempre le recuerda a Amina que si participara más en las celebraciones y luchara más ferozmente durante los asaltos, podría alcanzar una vida mejor. Lo que Yvan no toma en cuenta es que Amina es una niña en una tierra en la que, por desgracia, las mujeres carecen de importancia. Por mucho que ella trabaje, está condenada a una vida inferior. Nunca la dejarán dirigir un pelotón.

Durante el día Amina vigila el campamento mientras cumple con sus obligaciones, no es una tarea agradable pero sí sencilla. Sin embargo, durante la noche reina la destrucción y da comienzo la masacre.

Cada noche tienen la tarea de visitar y arrasar un pueblo distinto. Antes de los asaltos los sargentos les obligan a rezar para que Dios permanezca a su lado y les ayude en la batalla. Amina se siente como si estuvieran burlándose de ella, rezar implorando fuerzas para matar parece una contradicción. No solamente se trata de

matar a gente inocente, también hay que quemar el pueblo -Que no quede ningún rastro. Así se gana el respeto y la guerra- dice el sargento que dirige su pelotón. Los sargentos nunca se cansan de repetir que el mundo solamente se puede conquistar utilizando la fuerza y que sin guerra no es posible prosperar.

De regreso al campamento siempre hay celebración. Los hombres se congregan en un círculo alrededor del fuego, bailan y cantan. Amina se sienta y observa en silencio la escena. Intenta disimular, moviendo las manos si alguien la mira. No entiende nada, para ella la música y el baile son propios de celebraciones, sin embargo la violencia no es algo que se deba celebrar. La destrucción y el daño permiten a sus compañeros sentirse poderosos. Amina entristece y no comprende cómo estos soldados no son conscientes del daño que causan.

Entonces ¿por qué no se escapa? O ¿por qué no se enfrenta a la gente que la retiene lejos de su familia? Lo cierto es que lo ha pensado

cientos de veces, pero resulta imposible, en esta guerra solo hay dos alternativas: o matas o te matan. Amina recuerda con tristeza como justo al llegar al campamento, cuando le entregaron su arma, le dijeron que debía disparar al prisionero que había sido apresado la noche anterior. Se quedó petrificada, no podía moverse. Entonces un soldado le dio un fuerte golpe en la espalda y gritó -¡Si no le matas te mataremos a ti!- Justo en ese momento Amina pensó en su familia, aún tenía muchísimo miedo a la muerte, pero mucho más miedo a no volver jamás a verles. Su familia, sus amigos, su pueblo... ¡No quería morir así! Entonces disparó.

Fue el primer hombre al que mató y desde entonces todas las noches recuerda su rostro, no puede olvidarlo. Un rostro completamente aterrorizado, acuciado por el mismo terror que siente ella. Amina intenta pensar que no fue culpa suya, era su deber y su única manera de sobrevivir.

Para relajarse y poder cumplir con sus

deberes como soldados, los niños son drogados con marihuana, que aturde sus sentidos y nubla su consciencia. Solo así Amina puede empuñar el arma sin que le tiemblen las manos. Sabe el daño que esto le produce, pero lo prefiere con tal de poder reducir el dolor que siente al matar.

Escapar no es una opción. La semana pasada Pascal, un niño que fue secuestrado con siete años intentó escapar. Después de una ronda nocturna, los soldados estaban bailando y bebiendo y Pascal se levantó como si fuese a coger algo de su tienda de campaña. De pronto salió corriendo y un soldado que había ido en busca de más bebidas lo vio escapar. Inmediatamente lo agarró por las orejas y lo arrastró al centro del campamento. La música y la fiesta cesaron enseguida. El soldado pegó a Pascal delante de todos los demás niños y del resto de soldados y como lección le amputó un dedo de pie mientras gritaba -¡Así no se te ocurrirá escapar más!-. Pascal gritó del dolor y la sangre brotaba de su pie sin cesar empapando la tierra alrededor de él. Ahora apenas puede andar. El

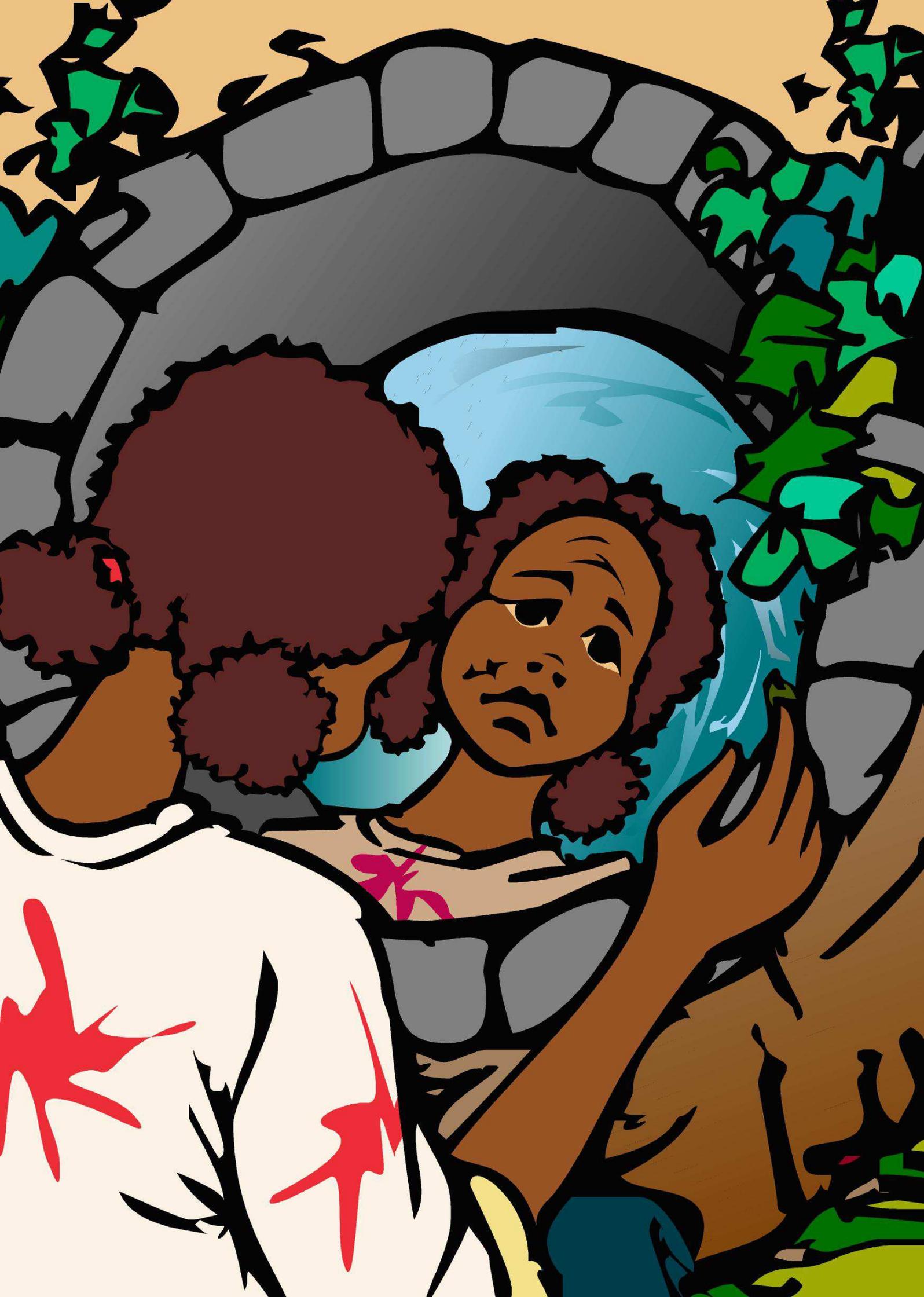
dolor y sufrimiento ha hecho mella en su rostro. Aún así, sigue teniendo que participar en los asaltos. Camina lentamente, cojeando, esperando que no le castiguen por ser más lento. Al verlo Amina se cerciora de que, definitivamente, sus captores no conocen el significado de la palabra compasión.

¿Intentará Amina escapar?

Si quieres que escape ve a la página 141, si prefieres ver qué ocurre a continuación, sigue leyendo.

Amina no pasa ni un minuto sola. Nunca tiene tiempo para pensar o descansar. A veces se acerca al pozo que está junto al campamento y aprovecha para contemplar su reflejo en el agua. Se nota cansada y la desesperación que siente se refleja en su rostro. Aunque no ha pasado tanto tiempo desde su secuestro, se siente más adulta. Sus rasgos se han endurecido. Tiene múltiples heridas en los brazos y en el rostro fruto del trabajo tan brutal al que está siendo sometida. Mientras se lava la cara piensa en cómo sería poder regresar a su pueblo. Le preocupa mucho lo que pensará su familia acerca de todo lo que ha tenido que hacer: matar, destruir, quemar... Amina no sabe cómo les explicará que ella no quiso, que fue obligada a hacerlo. Mientras piensa en ello, las lágrimas corren por sus mejillas. Se siente abrumada por la tristeza y la desesperanza.

A pesar de su presunta apariencia de fuerza y valentía, Amina nunca se ha sentido más débil. En todo el día no bebe más que un vaso de agua y la comida empieza a escasear. Muchas veces cree que va a desfallecer de hambre. La ropa ha



empezado a quedarle grande. Las costillas se le marcan distinguiéndose fácilmente por debajo de sus ropas. Para mayor tortura, Yasmina y ella son las encargadas de preparar las comidas para todo el campamento y mientras los soldados se atiborran, ellas tan solo pueden mirar.

La guerra causa muchos problemas. Muchos pueblos quedan completamente destruidos, se producen miles de heridos y muertos, solo se ve destrucción, pero ¿a dónde pueden acudir los supervivientes? Aquellas personas que consiguen sobrevivir, son acogidas en campamentos de refugiados, hiperpoblados y con escasos recursos.

Los soldados rebeldes siempre buscan la forma de provocar más dolor y sufrimiento. Cuando aniquilar pueblos enteros no resulta suficiente, buscan campos de refugiados que arrasar. Estos campamentos son bastante fáciles de tomar a la fuerza. Los soldados que los vigilan son pocos y la gente que vive allí está completamente indefensa, por tanto es sencillo arrasarlos y usurpar todos los enseres y víveres

posibles. Si se encuentran a un niño o niña en buenas condiciones, lo raptan. Los rebeldes no pueden terminar una jornada sin sembrar la destrucción a su paso.

Para Amina es verdaderamente espantoso tener que entrar en los campamentos de refugiados. Las familias viven en chozas mal construidas o diminutas tiendas de campaña. Han tenido que abandonar todas sus pertenencias por culpa de una guerra miserable. Cuando entran en los campos se oyen a niños llorando, seguramente de hambre. Lo peor es que Amina se siente inútil, no hay nada que hacer. Por más que ella quiera ayudar a todos los que sufren, no puede. Las atrocidades a la que está expuesta a diario la están destrozando por dentro. Ni tapándose los oídos y cerrando los ojos puede relajarse.

Su mundo era precioso. Vivía rodeada de felicidad. Tenía una vida llena de amor. Todo ha cambiado. El Dios que la acompañaba siempre, ha desaparecido.

Aunque los soldados digan que están luchando por la religión, ella piensa que la fe ha desaparecido. La idea de paz ha sido reemplazada por la guerra. La violencia domina Burundi, no la religión, ni la paz, ni la justicia.

Amina intentará despistar a los soldados y quedarse en el campamento de refugiados, pero no está del todo convencida sobre si será una buena idea vivir allí. ¿Qué crees que ocurrirá? Si crees que decide permanecer en el campamento, continúa tu lectura en la página 145. Si piensas que Amina tiene otros planes, continúa leyendo.

Aunque en el campamento de refugiados Amina no tiene que combatir contra nadie, su lucha no cesa. Cada día que comienza es una nueva batalla para esta pequeña. Vive con una familia que la rescato, junto a cientos de personas, hacinados, hambrientos y en condiciones deplorables. Durante el día procura cuidar de los niños y niñas más pequeños, que son quienes peor soportan el hambre, y ayuda a cocinar y a limpiar. Es un trabajo muy duro para una niña tan pequeña. Lo peor no obstante son las noches, cuando el incesante y lastimero llanto de los pequeños reclamando alimento encoge su corazón y perturba su descanso.

Un día Amina decidió marcharse en busca de un futuro mejor, deseaba por fin erguirse dueña de su destino. Quería encontrar a su familia. Comenzó a caminar sin rumbo fijo por la carretera. No sabía muy bien hacía dónde se dirigía, pero podía notar que la libertad le sentaba muy bien.

En el camino paraba a pedir agua en los pueblos que hallaba a su paso. La gente la asistía,



ofreciéndole comida para su viaje. En un pueblo conoció a una mujer que la surtió de víveres y le preguntó de dónde era y hacía dónde se dirigía. Amina le contó su historia, sin muchos detalles sobre el calvario sufrido. La mujer le habló sobre un centro, situado a unos pocos kilómetros de donde se encontraban, de una fundación llamada Tierra de hombres. Las personas de esta fundación son fieles defensores de los Derechos de la Infancia y entre otras cosas, trabajan prestando ayuda a niños y niñas que han pasado por su misma situación e incluso pueden ayudarla a encontrar por fin a su familia.

Amina salió del pueblo rumbo al centro. Cuando llegó la recibieron con los brazos abiertos. Pronto volvió con su familia, retomó los estudios, y se reintegró en la que era su vida antes de la guerra. Todas las semanas visita el centro y muestra su apoyo y su cariño a otra gente que ha pasado por su misma situación. Con la ayuda de Tierra de hombres ha podido rehacer su vida.

FIN.

Pascal tuvo simplemente mala suerte en su intento de fuga, o eso cree Amina, que está dispuesta a seguir sus pasos. No ve el fin de la guerra, está ansiosa por volver a su pueblo y reencontrarse con su familia. El aislamiento y abuso en el campamento, al ser niña, es insufrible. Observa detenidamente cada escena de su día a día en busca de la ocasión idónea para huir. Desde un primer momento descubrió que, al regresar por la noche al campamento, los soldados se dispersan para preparar la celebración. A ella siempre le encargan sacar las bebidas y hacer un gran fuego en el centro. Gracias a esto último, Amina piensa que si les dice que debe que ir a por más leña para poder encender el fuego, esa será la ocasión perfecta para escapar.

Esa misma noche pone en marcha su plan. Va supuestamente a por leña, pero una vez se adentra en la densa vegetación, empieza a correr con todas sus fuerzas, amparada por la profunda oscuridad reinante. Le duelen los pies pero no es tiempo de pensar en ello, tiene que seguir. No

sabe en qué dirección se encuentra la libertad, pero en el campamento desde luego que no. Casi no puede respirar pero sabe que su única opción llegados a este punto es seguir corriendo.

De repente algo la hace tropezar. Al levantar la mirada, frente a sus ojos descubre a un soldado que la observa henchido de odio. Sin mediar palabra, este la arrastra de vuelta al campamento. Queda condenada a una vida miserable, sin alegrías, y llena de dolor.

Amina intentó escapar pero fracasó. Ahora los soldados la tratan incluso peor que antes ya que la tachan de traidora. Tan solo espera que la guerra termine pronto, y poder así volver con su familia, pero es difícil pensar en finales felices en estos momentos tan duros.

Unos meses después, se produjo el milagro que Amina tanto había soñado, la guerra terminó y los soldados huyeron del campamento para no ser apresados y ajusticiados por el gobierno actual. Los niños soldado como Amina se quedaron abandonados allí, sin saber qué hacer o a dónde ir.

Días más tarde llegaron al campamento dos mujeres de apariencia afable. Decían algo acerca de un centro de Fundación Tierra de hombres, que ayudaba a gente como Amina. Prometieron buscar a su familia y ayudarla a reinsertarse en la sociedad. Ella, aunque un poco asustada, decidió acompañarlas. Llegó al centro y allí conoció a muchas más niñas en su misma situación que habían vivido toda clase de atrocidades.

En este lugar les proporcionan todo el apoyo que no han tenido nunca durante la guerra. Continuamente trabajan con ellas para hacerles comprender que no deben sentirse culpables por nada de lo ocurrido ya que han sido engañadas, manipuladas, coaccionadas y forzadas a matar, sin ninguna otra opción.

Gracias Tierra de hombres, Amina pudo localizar a su familia. Cuando llegó a la finca bananera por primera vez en mucho tiempo, se sintió un poco aislada. No podía volver a ser la niña inocente e infantil que era antes de su

secuestro porque había vivido demasiadas cosas terribles. Su familia intenta reconfortarla. Nunca le preguntan por lo ocurrido a no ser que sea Amina la que desee hablar.

Gracias a la fundación, Amina pudo reconducir su vida hacía la normalidad. La animaron a retomar sus estudios y a seguir adelante. En la actualidad, estudia mucho y espera ir a la universidad dentro de unos años para convertirse una profesional más de las que ayudan a niñas y niños en su misma situación en instituciones como Tierra de hombres.

Todas las semanas visita el centro y muestra su apoyo y su cariño a otra gente que ha pasado por su misma situación. Con la ayuda de Fundación Tierra de hombres ha podido rehacer su vida.

FIN.

Los campamentos de refugiados están superpoblados. Cuando entran los soldados durante los asaltos no hay rincones para esconderse. Entran como salvajes, corriendo y arrasándolo todo a su paso para provocar el mayor daño posible. Durante una de las redadas, Amina se vio inmersa en un caos tremendo. Al pasar junto a una hilera de chozas cerradas a cal y canto, encontró una de ellas abierta. Entró, pensando encontrarla vacía, y allí descubrió a una familia rezando. Rezaban para sobrevivir a la guerra y los ataques. Cuando Amina entró, al principio se asustaron mucho y se quedaron mirándola fijamente, a la espera de su reacción. La madre se le acercó mientras que ella bajaba su arma hasta posarla en el suelo. Entonces esta le susurró – pequeña niña, no tienes que luchar, tu vida vale más que esto- Le pasó una manta para cubrir su rostro y la ocultaron junto a ellos, pero la calma duró poco tiempo...

Los soldados que iban registrando choza por choza en busca de víveres y otros enseres, descubrieron su plan, y Amina fue apresada y devuelta de nuevo al campamento.

Amina intentó escapar pero fracasó. Ahora los soldados la tratan incluso peor que antes ya que la tachan de traidora. Tan solo espera que la guerra termine pronto, y poder así volver con su familia, pero es difícil pensar en finales felices en estos momentos tan duros.

Unos meses después, se produjo el milagro que Amina tanto había soñado, la guerra terminó y los soldados huyeron del campamento para no ser apresados y ajusticiados por el gobierno actual. Los niños soldado como Amina se quedaron abandonados allí, sin saber qué hacer o a dónde ir.

Unos días después llegaron al campamento dos mujeres de apariencia afable. Decían algo acerca de un centro de Fundación Tierra de hombres, que ayudaba a gente como Amina. Prometieron buscar a su familia y ayudarla a reinsertarse en la sociedad. Ella, aunque un poco asustada, decidió acompañarlas. Llegó al centro y allí conoció a muchas más niñas en su misma situación que habían vivido toda clase de atrocidades.

En este lugar les proporcionan todo el apoyo que no han tenido nunca durante la guerra. Continuamente trabajan con ellas para hacerles comprender que no deben sentirse culpables por nada de lo ocurrido ya que han sido engañadas, manipuladas, coaccionadas y forzadas a matar, sin ninguna otra opción.

Gracias Tierra de hombres, Amina pudo localizar a su familia. Cuando llegó a la finca bananera por primera vez en mucho tiempo, se sintió un poco aislada. No podía volver a ser la niña inocente e infantil que era antes de su secuestro porque había vivido demasiadas cosas terribles. Su familia intenta reconfortarla. Nunca le preguntan por lo ocurrido a no ser que sea Amina la que desee hablar.

Gracias a la fundación, Amina pudo reconducir su vida hacía la normalidad. La animaron a retomar sus estudios y a seguir adelante. En la actualidad, estudia mucho y espera ir a la universidad dentro de unos años para convertirse una profesional más de las que

ayudan a niñas y niños en su misma situación en instituciones como Tierra de hombres.

Todas las semanas visita el centro y muestra su apoyo y su cariño a otra gente que ha pasado por su misma situación. Con la ayuda de Fundación Tierra de hombres ha podido rehacer su vida.

FIN.

DELEGACIONES ANDALUCÍA

Sevilla (Sede Central)

C/Miño, 10, bajo 2
41011 Sevilla – Telf.: 954283737
deleg.sevilla@tierradehombres.org

Málaga

C/ Juan Martínez Montañés, 2, Blq.2, 6ºD
29004 Málaga – Telf.: 664245660
vhv.deleg.malaga@tierradehombres.org

Córdoba

C/Realejo, 1, ático
14002 Córdoba – Telf.: 679197289
deleg.cordoba@tierradehombres.org



Ayuda directa a la infancia
desamparada, sin preocupación de
orden político, racial o confesional.

Colabora:

